

860.21866) Molestina

1919 2

LAS PENAS.

DEL TROVADOR.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Juan F. Eusebio Molestina

REPRESENTADO EN EL TEATRO «OLMEDO»
EN LA NOCHE DEL 13 DE SETIEMBRE DE 1903, POR LA
COMPAÑÍA DE ZARZUELA ESPAÑOLA «RECALDE»



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 9518	AÑO 1923
PRECIO	DONACION

GUAYAQUIL

004138-Jc

Librería e Imprenta "Gutenberg" de Uzcátegui & Cía.

1911

PERSONAJES:

Lucinda	}	Aldeanas
Carlota		
El Rey don Luis		
El Trovador Edmundo...		Oficial del Rey
Carlos.....		Id. id.
Don Luciano.....		Padre de Lucinda
Samuel.....	}	Vasallos del Rey
Jorge		
Carotín		Carcelero
Soldados y vasallos etc. etc.		

La acción pasa en París.



LAS PENAS DEL TROVADOR

ACTO PRIMERO

El Teatro representa un hermoso jardín, cercado y con puerta de rejas; hacia el foro y á la derecha pintorescas arboledas; y á la izquierda la fachada de una casa con ventanas de celosías. - Amanece. -- Aparece Edmundo al frente de la casa cantando las siguientes estrofas:

ESCENA I.

EDMUNDO

(Canción.)

Al pie de tus verdes rejas
Con el alma enternecida.
Te elevo, prenda querida,
Mis melancólicas quejas.

Despierta, virgen de amor,
Y asómate á la ventana,
Que ya la linda mañana
Inspira á tu trovador.

Mi corazón dolorido
Por la llama que lo inflama,
Surpiros hondos derrama
Por tí, bello ideal querido.

El alba viene rayando
Entre nubes de oro y grana
Y la preciosa mañana
Me sorprende aquí cantando.

La tórtola enamorada
Saluda al naciente día,
Y cantan con alegría
Las aves en la enramada.

Y tú, serafín de amor,
En tu albo lecho descansas,
Y á mitigar no te lanzas
Las penas del trovador.

ESCENA II.

(*Edmundo, y Lucinda que aparece en la ventan.*)

Lucinda. — Edmundo, Edmundo, aquí estoy

Edmundo. — Lucinda, virgen querida,
Dale consuelo á mi vida
Que melancólico estoy.

Lucinda. — ¿Tú melancólico?

Edmundo. — Sí.

Lucinda. — ¿Y por qué?

Edmundo. — La suerte dura

Me llena de desventura;

Hoy me separo de tí.

Lucinda. — ¡Oh cielos! vas á partir?

Edmundo. — Sí, mi viaje no demora:

Partiré dentro media hora,

Y me vengo á despedir.

Lucinda. — ¿Ya me querrás olvidar?

Edmundo. — ¡Oh no! es un deber sagrado

Que don Luis me ha encomendado
Y debo desempeñar.

A Marsella partiré

A cumplir una misión,

Y en mi amante corazón

Tu imagen esculpiré.

Seis meses serán de ausencia

Que pasaré sin consuelo

Sintiendo con dulce anhelo

del amor la efervescencia.

Lucinda. — Las espinas del pesar

A mi alma han adolorido.

Edmundo. — El rey no se ha conolido;

No quiere á otro mandar.

Humilde le he suplicado

Fingiendo una enfermedad;

Mas él con temeridad,

Mis ruegos ha desairado.

Lucinda. — En mi horizonte de vida

Brilla un lucero de amor

Que me llena de temor

Con su luz embellecida

- Edmundo.* —Preciso es obedecer.
- Lucinda.* —¡Oh! me olvidarás Edmundo?
- Edmundo.* —Nunca
- Lucinda.* —En mi pecho angustiado
Crece mi amor sagrado
Haciéndose más profundo.
- Edmundo.* Ven, ven, querubín de Dios,
Desciende al segundo cielo,
Que yo con amante anhelo
Te daré el postrer alivio.
- Lucinda.* —Mi padre despierto está
Y al verme sola á tu lado
- Edmundo.* —Tu honor será conquistado;
El cielo te cuidará;
No temas, ven.
- Lucinda.* —¡Oh no, Edmundo!
- No puedo á tu lado estar.
- Edmundo.* —Tú no me sabes amar
Cual yo con amor profundo,
Tu padre que en verdad quiero
Tu mano me ha consueñado.
- Lucinda.* —Y yo amarte lo he aprendido
Con un amor verdadero.
- Edmundo.* —Muy pronto amoroso beso
Estrechará nuestra unión.
- Lucinda.* —Crece mi pasión
Cuando se venza ese plazo.
- Edmundo.* —Y por qué siendo tú así
Con la fé de la esperanza
¿Por qué mi pasión no alcanza
Disiparte esa pasión?
Ven, ángel precioso, ven,
Desecha todo temor,
Ven que tu ferviente amor
Me transporta al bello Edén.
- Lucinda.* —Allá voy, querido Edmundo,
Llena el alma de confianza,
Pues abrigo la esperanza
De ser tu esposa en el mundo.

(Desaparece E.)

ESCENA III

Edmundo.

¡ Pobre Lucinda ! la quiero
Como la flor al rocío ;
Tenaz será el amor mío,
Como también verdadero.
—La flecha de los sonrojos
Herirá á mi corazón
Y lágrimas de aflicción
Verterán siempre mis ojos.
—La ausencia en tan largos meses
Será para mí penosa,
Porque amo á Lucinda hermosa
Como al agua aman los peces.

.....
El rey se muestra enojoso,
Mis súplicas desatiende,
Y mi alma enferma comprende
Que hay un algo deshonroso.
—Tal vez ama á mi adorada
Y de ella quiere alejarme,
Para entonce arrebatarme
A esa prenda tan amada.

ESCENA IV

(Edmundo y Lucinda)

Lucinda. —Mi padre me hace el favor
De que yo venga hacia tí,
Pues tiene confianza en mí
Y en tu purísimo amor.
(Se toman de las manos)

Edmundo. —¡ Prenda mía !

Lucinda. —¡ Caro bien !
Tremendo es mi desconsuelo
Al ver deshecho mi anhelo.

Edmundo. —Grande es mi sufrir también.

Lucinda. —La estrella de sufrimientos
Brillando en mis ilusiones,

Me llenará de impresiones
Y aumentará mis tormentos.

Edmundo. —Sabes, Lucinda querida,
Que de todo desconfío.

Lucinda. —¿Por qué?

Edmundo. —El rey se muestra impío
Le interesa mi partida.

Lucinda. —Tu misión será importante
Y de extremada confianza.

Edmundo. —A maliciar mi alma alcanza
Que el rey don Luis es tu amante.

Lucinda. —¿Mi amante? ¡Nunca!.....

Edmundo. —Sospecho
Que él ya lleno de pasión
Aspira á tu corazón.

Lucinda. —¡Lo arrancaré de mi pecho
Antes que admitir su amor!!

Edmundo. —¡Ay! ese hombre es inhumano
Y como es tan soberano
Ha de mancillar tu honor.

Lucinda. —Oh! yo no soy cual capullo
Que el huracán despedaza;
Mi alma valiente rechaza
Amor que no sea el tuyo.

—Confianza en Lucinda ten,
Como yo la tengo en tí;
No desconfíes de mí
Oh! ve que tú eres mi Eden!

Edmundo. —¡Ay! el rey don Luis me aterra
Con sus mundanos amores,
¡Oh! sufriré mil dolores
Cuando esté en lejana tierra;
—Mas tú, bello encanto mío,
Amante me escribirás
Y en tus cartas me dirás
Si es que te ama ese hombre impío.

Lucinda. —Mis cartas de adoración
Irán siempre á saludarte,
Para con ellas probarte
Que tuyo es mi corazón

Edmundo. —Dí, Lucinda, no te ha visto
Nunca el rey?

Lucinda. —Una ocasión,
Casi al toque de oración;
Pero de un modo imprevisto.
—Recuerdo, sí que una tarde,
Cuando ya el sol se escondía
Que yo sin placer sentía
A mi espíritu cobarde.
—Aquí en mi jardín de amores
Vagando cual picaflor,
Cogía llena de amor
Las hermosísimas flores.
—Un sordo y extraño ruido
Oí en la enramada umbrosa,
Y asustada y temblorosa
Quise ver lo que había sido.
Dirigí mis negros ojos
Hacia la verde enramada,
Quedé más enagenada
Y aspirando mil sonrojos.
—Un mancebo cazador
Bajo un árbol descansaba
Y atónito me miraba
Como si fuera su amor.
—Mis ojos de él, aparté,
Seguí cogiendo las flores,
Y así llena de temores
Un ramo hermoso formé.
—Mas después el cazador
Al jardín entró, sumiso,
Y obtuvo de mí el permiso
Para coger una flor.
—Cuando afanoso arrancaba
La rosa de su elección
Me dijo con sumisión
Que con afán me estimaba.
—Salió entonces del vergel
Dió á los aires dos silbidos,
Y vasallos bien vestidos
Se llegaron hacia él.

—Conocí en mi turbación
Que era el rey el cazador,
Y los dardos del temor
Punzaron mi corazón.
—Pronto de mí se alejó;
Deseché mis turbaciones,
Cuando el toque de oraciones
En la capilla sonó.

Edmundo. —La senda de mi vivir
De espinas está sembrada,
Y mi alma martirizada
Tendrá al fin que sucumbir.
—Te adora ya el rey don Luis,
Y me aleja de tu amor;
Mi bien fundado temor
Me hará por siempre infeliz.

Lucinda. —Oh! no pierdas la esperanza
De conseguir nuestra unión;
Si el rey me tiene pasión
De mí, ni aún cariño alcanza.
—Sus frases desecharé
Con valor y con prudencia,
Y respetaré tu ausencia
Llena de amor y de fé.

Edmundo. —En tí, Lucinda, confío
El tesoro de mi amor.

Lucinda. —Desecha todo temor
Ve que es firme el amor mío

Edmundo. —Se acerca ya mi partida,
Ángel de paz.

Lucinda. —¡Santo cielo!
Se aumenta mi desconsuelo
y más se amarga mi vida

(Se pone el pañuelo sobre los ojos)

Edmundo. —¡Han de ser vuestros pascos

(Con ternura) En este campo de flores,
Saludables, distraedores
Del penar y la aflicción.

—Buscarás mil diversiones
Andando por la llanura,
Que ostentará la hermosura
De la perfecta creación.

Vivirás enamorada
Contemplando el firmamento
Con pena, con sufrimiento
Pensando sólo en amor.
—Y arrullada por las brisas
Que se sienten suavemente
Sentirás muy dulcemente
Su saludable frescor.
—Esas aves juguetonas
Que elevan su triste canto
A Dios infinito y santo
Que formó la inmensidad.
—Con sus tiernas melodías
Te quitarán los pesares,
Con tan sublimes cantares
Ecos de esta soledad
—Y la beldad y hermosura
Del campo y las bellas flores,
Y del sol los resplandores
Y del ganado el mugir.
—Que os recuerden con denuedo
A tu amante desgraciado,
Que estará desesperado
Queriendo talvez morir.

Lucinda.

—Cuantos serán los dolores
Que sufrirá mi existencia,
En tan larguísima ausencia
Separada de tu amor.

Edmundo.

—Igual será la honda pena
Que sufrirá el alma mía;
Mas ha de llegar el día
De nuestra eternal unión.

Lucinda.

—Fiel á tu pasión seré.

Edmundo.

—El tiempo corre veloz
Y la espina de tu adiós
En mi pecho clavaré.

ESCENA V

(*Edmundo, Lucinda y Luciano por la puerta de l*

Lucinda. —¡ Mi padre!

- Luciano.* —Buen trovador,
Oí tu tierna armonía,
Y tu canto parecía
El canto del ruiseñor.
- Edmundo.* —Muchas gracias don Luciano.
¿Está usted bueno?
- Luciano.* —Sí, Edmundo; .
Vivo feliz en el mundo
Aunque soy pobre y anciano.
- Edmundo.* (*Con tristeza*)
—La suerte fiera y tirana
Me separa de los dos,
Y á darles vengo mi adiós.
- Luciano.* (*Señala*)
—Desde esa verde ventana
Tus quejas he aperebido;
Te miré lleno de amor,
Que expresabas tu dolor
A la hija que me has pedido.
—Sé que vas en comisión
Por orden del soberano,
Y sé que ese hombre inhumano
Abriga mala intención.
—Por eso he venido aquí
A darte un justo consejo,
Y á decirte que este vicjo
Velará siempre por tí
- Edmundo.* —Con vuestro apoyo y cuidado
Seré menos infeliz.
- Luciano.* —Le haré saber al rey Luis,
Que aunque pobre, soy honrado.
- Lucinda.* —Si el rey á adorarme viene
Le diré sin compasión,
Que ya mi fiel corazón
Un dueño amoroso tiene.
- Edmundo.* —Serás prudente Lucinda.
- Lucinda.* —Como el caso lo requiera;
Me he de mostrar altanera
Si sus amores me brinda.
- Luciano.* (*á Edmundo*)
—En Lucinda ten confianza,

- Pues constante te será;
Tu regreso esperará
Llena de amor y esperanza.
—Jamás la olvides, Edmundo,
Sé fiel á tu juramento;
Vé, tú, que su pensamiento
Es ser tu esposa en el mundo.
- Edmundo.* —Jamás su imágen preciosa
Se apartará de mi mente.
- Lucinda.* —Yo te amaré eternamente.
- Edmundo.* —Muy pronto serás mi esposa.
- Luciano.* —En este mundo de Dios
Muy felices han de ser.
- Edmundo.* —El rato del padecer
Llegó ya para mí; adiós!
(*Da la mano á Lucinda y después á Lu*)
- Lucinda.* —Adiós Edmundo, jamás
Te olvidaré.
- Edmundo.* —Angel de amor
Ten confianza en tu amador.
- Lucinda.* —Ausente te amaré más
- Edmundo.* (*con tristeza*)
—Coronará yo tu sien
Con la flor de la ventura,
Para quitar tu tristura
Y tus dolores también.
Pero el ángel de la ausencia
En tu alba frente pondrá,
Un iris que hermoseará
Tu candorosa existencia. . . .
; Adiós don Luciano!
- Luciano.* —Edmundo,
Tu ser conserve su calma.
- Edmundo.* —Ay! llevo desierta el alma
Y mi sufrir es profundo.
(*Sale por la puerta del jardín que dá al c*)

ESCENA VI

(*Lucinda y don Luciano*)

- Luciano.* —Hija mía, ten paciencia.

Lucinda. — Feliz no puedo ya ser,
Me matará el padecer
En tan larguísima ausencia.

Luciano. — Si Dios pesares te brinda,
Debes sufrir resignada,
Mas tarde recompensada
Será tu pena, Lucinda.
Vóime pues hija del alma,
Mis deberes á cumplir.

Lucinda. — Padre, calmaré mi sufrir
Buscando en tu amor la calma.

Luciano. — Así sea

(Sale por la puerta de la casa.)

ESCENA VII

(Lucinda)

— ¡ Oh Dios de amor!
He quedado solitaria,
Y mi pena funeraria
Agranda más mi dolor.

.....

! Ay! mejor fuérame morir llevando
Esta herida de amor que en mi albo seno
Al corazón le tiene agonizando
Repleto de pesar, de angustias lleno.

¡ Pero no, no es posible Dios inmenso!
Que sucumba sumida en el quebranto
Por siempre viviré en dolor ferviente
Sin que mi trovador me seque el llanto.

Espero que algún día la grata suerte
Me anime cariñosa y dulcemente;
Si en mi delirio hoy quiero la muerte
Después querré vivir eternamente.

(Melancólicamente se pasea en el jardín.)

ESCENA VIII

(*Lucinda, y Carlos que aparece tras las rejas del dín; encontrará á Lucinda de espaldas.*)

Carlos. --Simpático serafín
Talvez pensando en amores
Contempla las bellas flores
En su encantado jardín.
--Cual las bellas mariposas
Anda ufana en su vergel,
Llorando con el clavel,
Y enamorando á las rosas.
--Encantada y con honor
Aquí vive refundida,
Como paloma escondida
Por miedo del cazador.

(*La llama*)

¡Lucinda! ¡Amiga querida!

Lucinda. --¡Oh Carlos! ¡Tú por aquí!

Carlos. --Siempre me acuerdo de tí.

Lucinda. --Bendigo tu bienvenida;
¿Por qué no entras?

Carlos. --Allá voy.

Lucinda. --El rey te ha dado licencia?

Carlos. --Sí; enferma está mi existencia
Y melancólico estoy.

Lucinda. --¿Qué tienes?

Carlos. --Ay! yo comprendo
Que mi espíritu padece,
Que el mundo dolor me ofrece
Y que me estoy consumiendo.

Lucinda. --¿Adoras alguna hermosa?

Carlos. --No sé cual es la impresión
Que enferma á mi corazón;
Mas hablemos de otra cosa.
--Sabrás ya que el trovador
Ha de salir de París;
Aléjalo el rey don Luis,
Diciendo que es un traidor.
--A Marsella partirá
Sin poder aquí venir;

Seis meses ha de sufrir
Porque á su amor no verá
---¡ Pobre Edmundo!

Lucinda.

Carlos.

---Y tú Lucinda
Abrigando mil temores,
Sufrirás los sinsabores
Que el rey altivo te brinda

Lucinda.

---Tormentoso es el temor
Que á mi alma pone angustiada

Carlos.

---Ya sé que serás la esposa
De tu amante el trovador.

Lucinda.

---Mi palabra está empeñada,
Seré su esposa algún día.

Carlos.

---Triste es que la suerte impía
Te tenga de él separada.

Lucinda.

---La estrella de bienandanza
En mi vida respaldece
Y fulgurante me ofrece
Un porvenir de esperanza.

Carlos.

---El volverá.

Lucinda.

---Esperaré

Llena de amor.

Carlos.

---Como amigo
Desde ahora te predigo
Que yo te custodiaré.

Lucinda.

---¿Crees tú que algo me suceda?

Carlos.

---Escúchame, buena amiga,
Pues preciso es que te diga
Cuanto por tu dicha pueda,
Yo huérfano desde niño,
Mis padres no he conocido;
Pero el tuyo me ha querido
Con verdadero cariño.

---Jamás olvido, querida,
Los años que ya han pasado,
Dichoso he sido á tu lado
Gozando sublime vida.

---Tu padre que quiero tanto
Se esmeró por mi salud
Y pasé mi juventud
Sin pesares ni quebranto.

--Tu cabaña fué mi hogar,
Tú, una hermana para mí,
Mil ilusiones sentí
Porque te supe apreciar.
¿Recuerdas, Lucinda hermosa,

*(Lucinda aprueba las preguntas
con movimientos de cabeza.)*

Cuando llenos de ventura,
Corriamos por la llanura
Tras de alguna mariposa?
--¿Recuerdas aquellos días
Cuando al borde de una fuente,
Entonabas dulcemente
Tristísimas melodías?

--¿Recuerdas que en los jardines,
Sirviéndote yo de apoyo,
Mirábamos el arroyo
Al olor de los jazmines?

--Recuerdas, hermana mía,
De mi afecto la ternura?
¿Recuerdas tú la ventura
Que mi corazón sentía?

Lucinda. --Sí, Carlos. dulce recuerdo
Habita en mi fiel memoria,
Pues de mi infantil historia
De todo siempre me acuerdo.

--Sí, siempre tengo presente
Nuestros juegos y caricias,
Recuerdo las mil delicias
De nuestro afecto inocente.

Carlos. --Ya ves que tengo razón
Para cuidarte, Lucinda,
Por eso mi alma te brinda
Su mística protección.

Lucinda. --¿Qué sucede?

Carlos. --Tú, Lucinda,
Eres el sol de esta aldea;
Adorarte el rey desea
Porque en verdad eres linda.

Lucinda. --Sé las malas intenciones
Que el rey abriga por mí,

Mas verá él, si viene aquí,
Fallidas sus pretenciones.

Carlos. —De su estancia engalanada
Sale el rey todos los días,
Cuando elevan melodías
Las aves en la enramada.

—Busca el monte, pasa el prado,
Se remonta en la espesura,
Matando con gran ventura
Algún arisco venado.

—Yo, su humilde servidor,
Y sus lacayos y perros.
Subiendo y bajando cerros
Seguimos al cazador.

—Después de mucho gozar
Penetramos á esta aldea,
Donde siempre el rey desea
Un momento descansar.

—Sube al rústico convento
De la vecina capilla,
Asómase á la rejilla
A aspirar el fresco viento.
Tres veces le he acompañado
En tan bella distracción;
Pero nunca en tu balcón
Tu bello rostro ha mirado.

Lucinda. —Sólo una tarde me ha visto,
Después de su cacería,

Carlos. —Con él estuve aquél día.

Lucinda. —Me vió de un modo imprevisto,
—Yo las rosas arrancaba
En este rosal de amores,
Cuando él en busca de flores
En mi jardín penetraba.....

Carlos. —Lucinda, todo lo sé,
Y lo juro por mi honor
Ser siempre tu protector.

Lucinda. —Bajo tu sombra estaré.

Carlos. —Talvez sabes que don Luis
Es cual Mohoma, tunante.

Lucinda. —En amor es un farsante.

- Carlos.* — A muchas hace infeliz.
Lucinda. — Mas creeme, querido hermano
Que su amor desecharé;
Malas frases le diré
Si se demuestra inhumano.
- Carlos.* — Muy bien, Lucinda,
Lucinda. — Cual flor
Viviré aquí marchitada,
Mas, pronto seré hermoscada
Por mi amante el trovador.
- Carlos.* — Soy de mi apreciado rey
El súbdito más querido.
Lucinda. — A capitán te ha ascendido,
Por tu honor y por la ley.
Carlos. — Le sirvo hacen ya cinco años
Llena mi alma de esperanza,
Nunca en mi sol de bonanza
Han brillado desengaños.
— A todas partes le sigo
Con lealtad y con valor;
Pues me trata el buen señor
Como á su mejor amigo.
- Lucinda.* — Le tienes que agradecer
Sus amistosos favores.
Carlos. — Ellos se hacen acreedores
De mi constante querer.
— En fin, ya me voy, me espera
Carlota, ese ser querido.
- Lucinda.* — ¿ Vas allá?
Carlos. — A ver he venido
Esa virgen hechicera
Hasta luego.
- (Se dan la mano)*
- Lucinda.* — Volveras?
Carlos. — Pues . . . lo dudo . . . puede ser.
Lucinda. — Si acaso piensas volver
En mi estancia me veras.
Carlos. — Así lo haré.

(Lucinda sube á la casa, y Carlos se dirige á la puerta del jardín en momentos en que aparece Carlota entre los árboles.)

ESCENA IX

(Carlos y Carlota. Ésta se acerca paso á paso)

Carlos. — ¡Calla! ella es. . . .

Preciosa ninfa de amor,
En busca de alguna flor
Hácia aquí viene talvez.

—Muy galana y sonrosada
Cual las flores del jardín,
Bella como el querubín
Que preludia á la alborada.

Carlota. (entrando)

¡Oh Carlos! ¡Tú por aquí!

Carlos. —Sí, á verte mi bien querido.

Carlota. —A este vergel he venido
Á ver rosas para tí.

—Tu carta me hizo saber
Que hoy conmigo estarías.

Carlos. —¿A encontrarme aquí venías?

Carlota. —No, un ramillete iba á hacer
Para tí.

Carlos. —Que la intención
Te valga, virgen hermosa.

(Arranca una flor y se la dá)

Carlota. —Siquiera está bella rosa
Te dará mi corazón.

Carlos. —Mil gracias, prenda del alma,
Ella endulzará mi vida.

Carlota. —Representa embellecida
De mi cariño la palma.

Carlos. —Tu candor, bella Carlota,
Enagena el alma mía,
Y como eres cariñosa
Más te quiero cada día.

—Bella estrella de bonanza
Tú iluminas mi pasión,
Y me das inspiración
Con la luz de la esperanza.

Carlota. —Tú me has dicho muy formal
Que pronto nos casaríamos,

- Y que felices seríamos
En la vida conyugal.
- Carlos.* —Si, Carlota, tú, mi esposa
Pronto, pronto lo serás.
- Carlota.* —Te amo cada día más.
- Carlos.* —Mi pasión es imperiosa.
- Carlota.* —Eres la vida de mi alma.
- Carlos.* (*con entusiasmo*)
—Tú mi dicha, mi contento,
Tú calmas mi sufrimiento
Y disipas mi aflicción.
—Tú eres la virgen graciosa
Que me encanta y extasia,
Tú endulzas la vida mía
Con tu férvida pasión.
- Carlota.* —¿Vendrás á pasar el día
A mi lado?
- Carlos.* —Pasaré
Aquí un momento.
- Carlota.* —¿Por qué
Tan poco?
- Carlos.* —¡Oh amada mía!
Solo cuatro horas me han dado
De licencia.
- Carlota.* —Muy poco es.
- Carlos.* —De aquí he de salir talvez
Cuando ya haya descansado.
Tan solo á verte he venido.
- Carlota.* —Me contenta la esperanza
Que mi triste vida alcanza
Al verte Carlos querido.
- Carlos.* —Tarde de París salí,
Ya la luz resplandecía
Y en media hora, vida mía,
Ansioso me he puesto aquí.
- Carlota.* —¡Muy prontamente has llegado!
- Carlos.* —El tiempo así lo requiere
Puesto que el rey don Luis quiere
Que pronto me halle á su lado.
- Carlota.* —Si es así, á mi estancia ven,
Allá podemos hablar.

ESCENA XI

(*Lucinda, Samuel y Jorge*)

Samuel. —¡ Encantadora criatura!
Jorge, —Bellísima.
Samuel. —Coje flores
Aspirando sus olores
Jorge. —Es un ángel de hermosura.
Samuel. —Aquí es, entremos.
Jorge. —Ella es.
Samuel. —¡ Salud, ángel de bondad!
Lucinda. —¡ Oh Dios mío! (*asustada*)
Jorge. —Perdonad...
Samuel. —¡ Molestaremos tal vez!.....
Lucinda. —No..... es que.....
Samuel. —El rey nos ha mandado
Que entremos á vuestro hogar.
Lucinda. —¿ Para qué?
Samuel. —Para entregar
Una esquela que me ha dado.
Lucinda. —¿ Para mí?
Samuel. —No, á don Luciano,
Vuestro padre tan querido.
Lucinda. —Ay! mi alma se ha estremecido.
¿ Qué querrá el rey soberano?

ESCENA XII

(*Dichos y Luciano por la puerta de la casa*)

Luciano. —Salud, buenos servidores
Samuel. —Salud, señor...
Luciano. —Saber quiero
Lo que buscáis.
Samuel. —Caballero
Somos fieles conductores
De una esquela para usted.
Luciano. —¿ Quién la envía?
Samuel. —El rey don Luis.
Luciano. —¿ Y qué quiere el rey de mí?
Samuel. —La esquela lo dirá, leed.
(*Le dá la carta á don Luciano y éste se la dá á Lucinda*)

Luciano. —Toma, lee tú, hija de mi alma,
Que escaso de vista estoy,
Ya bastante anciano soy
Y me falta hasta la calma.

Lucinda. —Sí, dame, padre adorado.
Leeré. *(abre la carta)*

Luciano. *(aparte)*—(Talvez ya don Luis
Me quiere hacer infeliz).

Lucinda. *(aparte)*—¡Por mí será despreciado!
(Lee la esquela)

“Luciano, querido amigo,

“Después de la una del día,

“Iré lleno de alegría

“A tu casa, á hablar contigo.

“Es asunto de interés

“El que me lleva á tu lado,

“Y espero ser dispensado

“En esta primera vez.

“Mi amistad te hará feliz

“Si me sabes apreciar,

“Pues siempre te ha de estimar

“Tu muy cariñoso Luis”.

—Ya comprendo.

Luciano.

Lucinda.

Luciano.

—Yo también.

—En contestación diré. *(á los vasallos)*

Que á don Luis esperaré

Lleno de placer.

Samuel.

Luciano.

—Muy bien.

Decidle que en este hogar

Humilde y desmantelado.

Luciano el desventurado

Ansioso le ha de aguardar

—Bien, señor, adiós.....

Samuel.

(inclinación de cabeza de los dos vasallos)

Jorge.

Samuel.

Lucinda.

Luciano.

—¡Adiós!

Señorita, á vuestros piés.

--Adiós, adiós.

--Idos, pues,

Y que el cielo guíe á los dos.

(salen)

ESCENA XIII

(Al salir se encuentran con Carlos y llenos de entusiasmo lo saludan; Luciano y Lucinda miran el grupo de los tres)

Samuel. — Buenos días capitán.
Carlos. — ¿Regresáis á la ciudad?
Samuel. — Sí, á donde su Majestad.
Carlos. — Si es que á caballo no van,
Juntos de aquí partiremos
Samuel. — Vamos á pié y muy despacio.
Carlos. — Pues entonces al palacio
En una hora llegaremos.

ESCENA XIV

(Lucinda y Luciano)

Luciano. — Carlos regresa á París
Y pronto llegar desea.
Lucinda. — Talvez regrese á la aldea
Acompañando al rey Luis.
Luciano. — Dices bien.
Lucinda. — Ojalá venga,
Es mi anhelo.
Luciano. — ¡Dios de amor!
Dame paciencia y valor.
Lucinda. — Haremos lo que convenga.
Luciano. — Vamos á arreglar la estancia
Para recibir al rey.
Lucinda. — Ese hombre de mala ley
Vendrá aquí con arrogancia.
(Toma á Luciano del brazo)
Luciano. — Talvez no.
Lucinda. — Creo que sí.
Luciano. — El ha de ser muy prudente,
Lucinda. — Pues yo he de ser imprudente
Si viene á faltarme aquí.

(Entran por la puerta de la casa)

CAE EL TELÓN

Fin del primer Acto.

ACTO SEGUNDO

Casa pobre; habitación de Luciano; en ella aparecerán varios útiles de tocador y en el centro una mesa y varias sillas.

ESCENA I.

(Luciano y Lucinda)

- Luciano. --El rey talvez no vendrá.
Lucinda. --Son ya las dos.
Luciano. --Pasó la hora
De la cita, y si demora
Quién sabe por qué será.
Lucinda. --Yo tengo miedo.
Luciano. --¿Y por qué?
Lucinda. --Porque el rey es un malvado,
Y como está enamorado,
Si viene me esconderé.
Luciano. --En el contiguo aposento
Encerrada, tú estarás,
Aquí tan solo vendrás
Si escuchas mi llamamiento.
Lucinda. --Así lo haré.
Luciano. --Llega gente;
Oigo ruido en el vergel.
Lucinda. --Sin duda debe ser él
(Se oyen ruido de armas)
Luciano. --Sí, sí, él es probablemente.
Lucinda. --Padre mío me retiro.
Luciano. --Sí, vete, prenda querida.
Lucinda. --Mi alma triste y dolorida (saliendo)
Ha derramado un suspiro.
Luciano. --Siento no se qué ansiedad
Que me abrumba y anonada;
¡Ay no hay gusto para nada!

ESCENA II.

(Don Luciano, Samuel y Jorge, después el rey vestido de cazador. Guardias etc.)

Samuel. — Viene aquí Su Majestad.
Luciano. — Lo espero con gran placer,
Decidle que entre.

(Entra el rey)

Rey. — Aquí estoy.
Luciano. — Dichoso en la vida soy,
Tal dicha no quise creer:
A vuestros pies gran Señor.

(Inclinación de saludo)

Rey. — Oh! convéncete Luciano,
Y ven á darme tu mano.
Luciano. — Es demasiado favor. (se la dá)
Rey. — Fiel cariño te prodigo
Y mi afecto es verdadero
Por eso te considero
Como mi mejor amigo.

Luciano. — Oh! me honra Su Majestad
Con tan bello ofrecimiento.

Rey. — Gran afecto por tí siento.

Luciano. — No merezco tal bondad.

Rey. — A tu casa vengo, ansioso
En busca de distracción

Luciano. — A vnestra disposición
Estoy ¡oh rey bondadoso!

Rey. — ¡Guardias...! salid y esperad
En el jardín!

(Salen todos)

Luciano. (aparte) (Dios de amor!
Dadme bastante valor
Y mi impaciencia calmad).

Rey. — Estamos solos, Luciano.

Luciano. — Bendito este rato sea.

Rey. — Yo sé que eres de la aldea
Un noble y honrado aldeano.

Luciano. — Honrado soy en verdad
Porque tengo reflexión.

(Le brinda un asiento)

En este humilde sillón
Descanse Su Majestad.

(Se sienta el rey, también Luciano cerca de él)

Rey. —Estoy bastante estropeado,
Pues es larga la distancia
Que hay desde esta pobre estancia
A mi palacio dorado.

Luciano. —¿Habéis venido á pié?

Rey. —Sí,
Mas he andado sobre lomas,
Dando muerte á las palomas
Hasta llegar hácia aquí.

Luciano. —Bella distracción.

Rey. —Muy linda.
En tan gratas cacerías
He gozado algunos días.....

No veo á tu hija Lucinda.
¿Estará talvez enferma?

Luciano. —Si no viene, perdonad,
Le acosa una enfermedad
Y es muy probable que duerma.

Rey. —Qué, sufre ese ángel de amor?

Luciano. —Tiene dolor de cabeza.

Rey. —Enfermedades como esa
No inspiran ningún temor.
Quiero verla.

Luciano. —Há de dormir.

Rey. —Id, buen Luciano, á llamarla,
Decidle que saludarla
Anhelo antes de partir.

Luciano. *(aparte)*—¡Oh cielo santo! ¿qué haré?

Rey. —Traela, Luciano, un momento
Que yo palpando contento
Mi amistad le ofreceré.

Luciano. —Pues bien, un rato esperad;
Llamaré á mi hija adorada

Rey. —Há de estar ya mejorada.

Luciano. —La verá Su Majestad.

(Sale por la puerta derecha)

ESCENA III

(*El Rey*)

(*Delirante declama, mirando la puerta por donde
salió Luciano*)

Te miré, bella Lucinda,
Una tarde refulgente,
Te ví tan resplandeciente
Cual la luna en su arrebol.

Y pareciste á mis ojos
Bella, virginal, hermosa,
Simpática, candorosa
Y luciente como el sol.

Desde entonce el alma mía
Se inebrió con la esperanza
Y en momentos de bonanza
Me domina la pasión.

Porque eres, Lucinda hermosa,
La estrella que me ilumina
Y tu beldad me fascina.
Me cautiva el corazón.

Yo sé que quieres á Edmundo,
Que lo adoras con el alma,
Yo sé que de él es la palma
De tu volcánico amor;

Pero yo soy poderoso
Y les tendré separados,
Aunque vivan agobiados,
Por la pena y el dolor.

Mi pasión es imperiosa,
Como nunca la he sentido;
Muy desventurado he sido
Porque te amo con verdad.

Y es mi generoso anhelo
Hacer que tú, en este mundo,
Me ames con amor profundo
Y con sublime lealtad,

ESCENA IV

(*El rey, Lucinda y Luciano*)

- Luciano.* —Presento á Su Majestad
La prenda de mi ventura.
(*El rey se levanta á recibirla*)
- Rey.* —Es ideal de hermosura
Y de encantada beldad.
- Lucinda.* —A vuestros pies, gran señor.
- Rey.* —Me pongo con distinción,
A vuestra disposición
¡Oh bello arcángel de amor.
- Lucinda.* —Gracias señor, en verdad
Tal distinción no merezco
- Rey.* —Pues cariñoso te ofrezco
Apreciarte con lealtad.
(*Se sienta cada uno en su asiento*)
- Lucinda.* —Yo soy una pobre aldeana
Y usted es un gran señor;
No merezco tanto honor.
- Rey.* —Eres la ninfa galana
Que ha nacido en esta aldea;
Como eres bella y hermosa
Mi alma triste y generosa
Servirte en algo desca.
- Luciano.* —Infinito agradecemos
Vuestra cordial distinción
Y á vuestra disposición
Muy humildes nos ponemos.
- Rey.* —Gracias, querido Luciano,
Yo te sabré proteger,
Y siempre te he de querer
Porque eres virtuoso aldeano.
—Desde que te conocí
Cariño te he prodigado
Y mi alma se ha entusiasmado
Más, desde que llegué aquí.
—Hoy sin pena ni amargura
Contemplo á tu hija querida,
Que se encuentra embellecida
Por el ángel de ventura.

- Lucinda.* —Talvez vuestra Majestad,
Quiere burlarse de mí,
Y si en verdad es así,
No habláis con sinceridad.
- Rey.* —Yo no me burlo Lucinda
De tí.
- Lucinda.* —Puede suceder,
Rey. —Oh! desleal no puedo ser
Con una joven tan linda.
- Lucinda.* —¡ Señor !
Rey. --Oh! prenda de amor
Siento verte adolorida.
- Lucinda.* —Atórméntame la vida
El más agudo dolor.
- Rey.* —También he venido aquí
Tras la dicha y la ventura
Huyendo de la amargura
Que me atormenta en París.
- Luciano.* —¿Qué tenéis, señor?
Rey. —Anhele
De mi vida la expansión,
Quiero que mi corazón
Vislumbre la luz del cielo.
—Quiero brisa, quiero flores,
Quiero andar sobre las lomas
Contemplando á las palomas,
Jilgueros y ruiseñores.
—Quiero ansioso respirar
Los perfumes de esta aldea,
Y todo mi ser desea
Cuanto el alma ha de gozar
- Luciano.* —Disponga Su Majestad,
De su muy libre albedrío.
- Rey.* —El hado se muestra impío;
Domina á mi voluntad.
—Vivo triste, acongojado
Por la fé de una ilusión
Y volcánica impresión
El alma me ha torturado.
- Luciano.* —Oh! buen señor, no comprendo
Vuestro mundano martirio,

De vuestra alma es un delirio,
Esto es lo único que entiendo.
Rey. —Luciano, te haré saber
Que me encuentro enamorado,
De un ángel que se ha robado
Mi ventura y mi placer.

(*Mira á Lucinda*)

Lucinda. (*aparte*)—Nada me importa su amor.

Luciano. —Y al veros fino y galante
Y con amor tan constante
Os despreciarán, señor?

Rey. —Puede ser, el mundo es mundo
Que mil pesares convida,
¡Oh la ninfa de mi vida
A otro quiere. (*mira á Lucinda*)

Lucinda. (*aparte*)—Sí, á Edmundo;
El es ídolo de mi alma.

Luciano. —¿Y no abrigáis esperanza?

Rey. —Pues, veré si mi alma alcanza
De amor llevarme la palma....
A vuestra casa he venido
En busca de distracción,
Se alegra mi corazón,
Porque bien me han recibido.

Un ramo quiero formar
De hermosas y bellas flores;
A la princesa Dolores
Se lo quiero regalar.

Buen Luciano, hazme el favor
De traerme algunas rosas,
Las más bellas y olorosas

Lucinda. —Concededme á mí ese honor,
Sí, real señor, yo puedo ir.

Rey. Dejad que vaya Luciano
Que aunque él es bastante anciano
Prontamente ha de venir.

Luciano. —Mejor es su Majestad,
Que vaya mi querida hija.

Rey. —¡Oh! mi elección no te aflija:
Yo te quiero con lealtad.

- Anda y entra á tu verjel
Búscame flores hermosas,
Las más bellas y olorosas.
- Luciano.* (*aparte*)—Dejarla sola con él!!
Es tremendo, Dios mío!
- Rey.* —Con ellas que meagas quiero
Un ramillete hechicero....
- Lucinda.* —Obedeced, padre mío.
- Luciano.* —Con la mejor voluntad
Gallardas flores traeré
Y al instante volveré.
- Rey.* —Ten confianza en mi lealtad.

(*Al salir Luciano mira á Lucinda y le hace una seña en
significación de valor*)

ESCENA V

(*Lucinda y el Rey*)

- Rey.* —Estamos solos, querida.
- Lucinda.* —Si, señor.
- Rey.* —Feliz momento,
Oh! te diré cuanto siento
Y lo que sufre mi vida.
—Tan sólo una vez te he visto
Y de entonces te estimado,
Y créeme que apasionado
Estoy, Lucinda de tí.
- Lucinda.* —Real señor, soy una aldeana
Tan pura como las flores,
Y esas palabras de amores
No deben ser para mí.
- Rey.* —Aquí tan solo he venido
Mi intención á declararte,
Y humildemente á probarte
Que te ama mi corazón.
- Lucinda.* —Vuestras frases me hacen daño
Y me acibaran la vida.
- (*Lucinda, demostrando fastidio dobla la cabeza
sobre el pecho*)
- Rey.* —Créeme, Lucinda, querida,

Sublime es mi adoracion.

Enamorado te quiero
Porque eres bella y hermosa,
Simpática y candorosa
Como el ángel del placer.

Tu imágen tan pudorosa
En mi pecho ha penetrado
Y el corazón angustiado
Entre llamas siento arder.

Tú eres mi grata esperanza,
El ángel de mis amores,
Me causas mil sinsabores
Y me das inspiración.

Tú eres la virgen amante
En mis sueños de ventura
Tú la graciosa criatura
A quién profeso pasión.

¿Serán mis palabras gratas
A tu oído, vida mía?
No hay en ellas, no, falsía
Sí verdad del corazón.

¡ Ojalá las recibieras
Con dulzura, con contento,
Ojalá mi sufrimiento
Calmaras y mi aflicción.

Lucinda. — Oh! no señor, no abriguéis
Por mí, ni amor ni martirio,
Pensad en que soy un lirio
Nacido en un matorral.

En mi dichosa existencia
A un hombre tan sólo aprecio,
Por esto también desprecio
Vuestra pasión mundanal.

Rey. — Sí, Lucinda, sé que quieres
Con amor grande y profundo;
Sé que tu amante es Edmundo
Y que él te profesa amor.

Lucinda. — Le amo con pasión inmensa,
Con delirio, con locura,

Es el sol de mi ventura
Ese bello trovador.

Rey. —Partió ya para Marsella,
Y larga será su ausencia.

Lucinda. (*resuelta*)
—Mientras dure mi existencia
Al trovador he de amar.
—Ni vuestro mando imperioso,
Ni el tiempo, ni la distancia,
Han de enturbiar la constancia
De mi eterno idolatrar.

(*Carlos pasa dos ó tres veces por la puerta del foro, y mira con precaución al rey*)

Rey. —Preciso, es, bella Lucinda,
Que no pienses en Edmundo,
Atiende al amor profundo
De mi amante corazón.

—Mitiga ya mis pesares
Con la fé de tus caricias,
Quiero gozar las delicias
De mi infinita pasión.

Lucinda. —El corazón ya no es mío,
A Edmundo se lo he entregado,
Solo el alma me ha quedado
Para entregársela á Dios.

—Y si el corazón no es mío
Puesto que tiene otro dueño,
¿Por qué, pues, aquel cinpeño
De atormentarme señor?

Rey. —Escucha, preciosa aldeana,
De mi afecto la ternura,
Calma ¡por Dios! la amargura
De mi vida tan fatal.

—Mi pasión no es momentánea,
Ni de malas intenciones,
Son puras mis impresiones
Y mi amor es inmortal.

—Olvida á ese hombre, Lucinda,
Y quíereme con ternura,
Yo labraré tu ventura
Con mi volcánico amor.

—Si anhelas ser venturosa,
En este valle de vida,
Olvida, prenda querida,
A tu amante el trovador.

Lucinda.

—En vano tantas palabras
Y tan malo sentimiento;
¡Oh gran señor! no le miento,
A usted no le puedo amar.

—Me pide usted despiadado,
Que olvide á mi fiel Edmundo,
Señor, mi amor es profundo
Y no le puedo olvidar.

—Si acaso sois compasivo
Y si en verdad me queréis,
¿Por qué no me devolvéis
A mi ausente trovador?

—Yo quiero, señor á Edmundo
Con lealtad y con ternura,
El es mi única ventura,
El es mi eternal amor.

Rey.

—¡Con que en vano mis palabras!
¡Y en vano mi sentimiento!
¡Oh! yo puedo en el momento
Hacerme querer de tí.!

—Mi poder es majestuoso
Y adorarte es mi ventura,
Oh! te faltaré, criatura,
Si me desprecias así.

Lucinda.

—Podeis quitarme la vida,
¡Oh gran señor! si queréis,
Mas, bueno es que respetéis
De mi existencia el honor.

—Soy pobre, desventurada,
En este campo nacida,
Y solo querré en la vida
A mi humilde trovador.

Rey.

—Hoy despiadada te muestras,
Precioso imán de ventura,
Y derramas la amargura
En mi alma y mi corazón.

—Mañana quizás amable,
Mitigarás mi dolencia,
Y ya entonces mi existencia
Gozará de tu pasión.

Lucinda. —Jamás!!

ESCENA VI

(Lucinda, el Rey y Edmundo que aparece embozado y variando la voz)

Edmundo. —Vuestra Majestad,
Muy grande es mi atrevimiento;
Si vengo en este momento
Mi falta disimulad.

Lucinda. *(aparte)*
(Es Edmundo! á qué vendrá?)

(El rey lleva violentamente la mano al pomo de su espada y habla con arrogancia)

Rey. —Me estraña vuestra presencia,
Decid quién os dió licencia
Para á esta casa entrar?

Edmundo. —Vuestro capitán de honor
Permiso me ha concedido
Y á esta estancia he venido
A ver á mi ángel de amor.
Soy honrado caballero
Y sé respetar la ley,
Y vos, señor, sois el rey
Con quien entenderme quiero.

Lucinda. *(aparte)* — ¡Oh Dios de Jerusalén!
Compadécete de Edmundo

Rey. —Os mostráis muy iracundo
Y algo descortés también;
Saber quiero en el momento
Quién sois!!

Edmundo. —Oh! muy bien, señor!
(Se quita el embozo)

Soy vuestro fiel servidor
A quien causáis sufrimiento.

Lucinda. —¡Edmundo...! ;Edmundo!

(Se llega prontamente á él y se toman las manos)

Edmundo. —Alma mía!

Rey. —Bah! me has desobedecido
Y á mi presencia has venido
A confirmar tu porfía!

Edmundo. —Perdone, Su Majestad,
Si falté á vuestro mandato.

Rey. —¡Oh tu eres un insensato
Que abusas de mi bondad!
—Mi mandato has pisotado
Y te has burlado de mí
Y á más preséntaste aquí
Altivo y desvergonzado.
—Tus faltas castigaré
Porque en verdad lo mereces,
Si á tu Rey desobedeces;
Fiera pena te impondré

Edmundo. —¡Ya sabéis lo que es querer
Oh! gran señor, con delirio!
Para el alma es un martirio
Y un eterno padecer.
—Yo idolatro con el alma
A esta virgen de pudor,
De su amor queréis, señor,
Arrebatarne la palma.
—El corazón me anunció
Que usted, señor, la adoraba
Y hoy mi alma ilusionada,
De vuestro amor receló.
—No es posible desunir
Dos seres que bien se quieren;
Porque ellos más bien prefieren
Entrelazados morir.
—Iba á cumplir la misión
Que me habéis encomendado;
Mas perdonad si he faltado.....

Lucinda. —Tened, señor, compasión

Rey. —Piedad no puedo abrigar
Por el sér que me ha engañado

- Y que altivo se ha mostrado
Sin quererme respetar.
- Lucinda.* —Desecbad tanta crueldad,
El merece compasión.
- Rey.* —En una estrecha prisión
Pagará su deslealtad.
- Edmundo.* —Castigadme, real señor,
Si mi falta lo merece,
Mas en verdad me parece
Que me tratáis con rigor.
—No es un crimen defender
Al ángel de mis amores,
De aquellos duros rigores
Con que la hacéis padecer.
—Sois un rey sin compasión,
Sin bondad y sin clemencia,
Abusáis de la inocencia
Marchitando un corazón.
- Rey.* —Es mucho tu atrevimiento
Y en extremo tu osadía,
Y llenas el alma mía
De coraje y sufrimiento.
—Al instante mandaré
Te lleven á la prisión.
- Lucinda.* —Tened, señor compasión.
- Rey.* —Mis soldados llamaré!

(Dá un silbido y luego aparece la guardia capitaneada por Carlos; entre ellos viene Luciano, trayendo un hermoso ramillete que se lo presenta al rey).

ESCENA VII

(Rey, Lucinda, Edmundo, Luciano, Carlos y guardias)

Luciano. —Reciba su Majestad,
Este ramillete hermoso.

(El rey lo recibe y aspira las flores)

Rey. —Es muy bello y oloroso;
Agradezco tu bondad.

Luciano. —Ay Dios mío! Edmundo aquí!

Edmundo. —Salud amigo querido.

- Luciano.* —Yo pensé te habías ido.
Rey. —El se ha burlado de mí....
¡Carlos!...salid al momento
Llevándote al trovador;
En la “Torre del Dolor”
Que allí sea su arrestamiento!
Lucinda. —¡Oh Ciclos!!
Luciano. —¡Inmenso Dios!
Edmundo. —Señor.....
Rey. —Salid prontamente.
Carlos. —Vamos.
Edmundo. —Te llevo en la mente,
¡Oh Lucinda, adiós!
Lucinda. —¡Adiós!!

(Se pone el pañuelo en los ojos)

(Salen Carlos, Edmundo y algunos guardias)

ESCENA VIII

(El Rey, Lucinda, Luciano y guardias.)

- Rey.* —Atrevido se ha mostrado
Y malquistando la ley;
Olvida que soy el rey
Y sin piedad me ha tratado.
—No es posible consentir
Tanta falta y osadía,
Que hieren al alma mía
Y enturbian mi porvenir.
—En un triste calabozo
De la “Torre del Dolor”,
Vivirá el mal trovador
Intranquilo y sin reposo.
Lucinda. —Descchad vuestro rigor.
Si es que Edmundo os ha faltado,
El amor le ha dominado.
Luciano. —Perdonadle, gran señor.
Rey. —No es posible perdonar
Tan horrible faltamiento;

Honda pena experimento,
Mas preciso es castigar.

El resto de la guardia se retira á una señal del rey.

Lucinda. *(tristemente)*
—Edmundo nunca ha faltado
Al mandato de su rey,
Respetó siempre la ley
Y fielmente se ha portado.
—Era en la vida dichoso
Porque adora á una mujer,
Y de ésta tendrá que ser
Muy prontamente su esposo.
—Vos, señor, sin compasión
Torturais dos corazones,
Que llenos de sensaciones
Juráronse adoración.
Mis súplicas son en vano,
Y agrandáis mi desconsuelo,
Solo espero que del cielo
Me proteja el Soberano.

Key. —Te aprecio, bella Lucinda,
Con el alma y corazón,
Perdona la honda aficción
Que mi alma enferma te brinda.
—Me es preciso castigar
Del trovador la osadía,
Y créeme tú, vida mía,
Que yo te sabré adorar.

Lucinda. *(con resolución)*
Señor, hacedme el favor
De olvidar vuestra pasión,
Sabéis que mi corazón
Es del joven trovador.
—Me habéis causado tormento
Y mi alma habéis torturado,
Y al veros aquí á mi lado
Me lleno de sufrimiento.
—Si me ausento, perdonad,

(Entra en su habitación; puerta izquierda)

Key. —Espera, prenda de amor.

Lucinda. —Ay! dejadme en paz, señor.
Luciano. —Perdone, su Majestad.
—Ya sabéis que se halla enferma
Horrible dolor la acosa,
Su vida está tormentosa
Y es preferible que duerma.

ESCENA IX

(*El Rey y Luciano*)

Rey. —Luciano, día fatal
Ha sido este para mí,
Pues de tu hija no creí
Que se portara tan mal.
Luciano. —Hay momentos en la vida
Que al martirio nos condenan,
Que de sufrimientos llenan
A nuestra alma dolorida.
Rey. —Yo quiero á tu hija, Luciano,
Con una pasión sincera,
Y si ella bien me quisiera
Yo te pidiera su mano.
Luciano. —Señor!!
Rey. —Créeme que la amo
Y es mi pasión imperiosa,
Anhelo que sea mi esposa
Y tu protección reclamo.
Luciano. —Señor, tengo un corazón
En extremo pudoroso,
Y me ha sido bochornoso
Oír tal proposición.
—Lucinda, mi hija querida,
Ese ser que tanto quiero,
La idolatro y la venero
Como el alma de mi vida.
—Ella es dueño de su amor,
De su muy libre albedrío,
¿Cómo queréis, señor mío,
Que sea vuestro protector?

- Rey.* —Su felicidad te ofrezco;
Ella es mi bien; mi tesoro;
Creeme, Luciano, la adoro
Y tu protección merezco.
—Háblale de mi pasión,
Dila que es bella y hermosa,
Que quiero hacerla mi esposa,
Que de ella es mi corazón.
—Dila que en mi alcázar real
A su lado gozaré,
Que en extremo la querré
Con un amor inmortal.
—Dila que será la dueño
De mis bienes y albedrío:
Que ella será el amor mío
A quien querré con empeño.
- Luciano.* —Bien conozco, en realidad
Que la queréis con delirio,
Que sufrís duro martirio
Y deseáis felicidad.
Mas se oponè entre los dos
Una barrera de amor,
Y esta es el buen trovador
A quien tanto odiais vos.
- Rey.* —Pues no es odio, ni inclemencia
Lo que por Edmundo siento;
Castigo su atrevimiento,
Su afán y desobediencia.
—Mandéle á desempeñar
Una comisión de honor,
Y él altivo y sin temor
Me ha querido avasallar
Mi mandato despreció
Y ha malquistado la ley,
Y sin ver que soy el rey
Malamente me trató.
Por eso amigo querido,
En la prisión le tendré;
Su falta castigaré.
- Luciano.* —Ha de estar arrepentido.
- Rey.* —He cumplido mi deber

De una manera prudente,
Si vuelve á ser imprudente
Dos grillos le haré poner.

Lucinda. —Señor.

Rey. —Oh! el rey es rey,
Y leyes son sus mandatos,
Al que me dé malos ratos
Yo le aplicaré la ley.

Luciano. —Ama ese buen trovador
A la hija de mi ventura,
Y si os causa desventura
Es debido á su hondo amor.
—La pasión que experimenta
Es inmensa y tormentosa. . . .

Rey. —Lucinda será mi esposa,
Pues mi pasión se acrecenta.

—Luciano vóime de aquí
Abrigando la esperanza,
De que mi cariño alcanza
Hacer á tu hija feliz.

Luciano. —Muy bien quisiera, señor,
Que vuestra consorte fuera,
Mas ella es de la pradera
Insignificante flor.

—Buscad allá en la ciudad
Otra flor galana y pura,
Que con amor y ternura.
Os brinde felicidad.

Rey. —Amo en tu hija la virtud;
La quiero porque es preciosa;
Porque es la galana rosa
Que ha inspirado á mi laud.

—Otro día la veré
Lleno de placer y amores
Le contaré los dolores
Que por ella sufriré.

—Tú, Luciano, haz por mí
Cuanto puedas.

Luciano. —Sí señor *(irónicamente)*
Yo le hablaré.

Rey. --Con su amor
Siempre sería feliz.
--Vine en busca de placer
Y pesares he encontrado,
¡Oh la suerte me ha obsequiado
Un inmenso padecer!

(Le tiende la mano con galantería)

¡Adiós, Luciano!

Luciano. --Señor,
Adiós, que os conduzca el cielo,
Rey. *(aparte)* --Es mi delirante anhelo
Que ella olvide al trovador.

(Luciano lo acompaña hasta la puerta, en donde se hacen una inclinación de cabeza en señal de despedida.)

ESCENA X

(Luciano)

Conozco palpablemente
Que el rey adora á Lucinda,
Felicidades le brinda
Con su pasión tan ardiente.

Pero mi hija tan querida
Lo rechaza con valor,
Ella adora al trovador
Que es el alma de su vida.

Los dos ya comprometidos
Para la unión conyugal,
Llenos de afecto eternal
Esperan ser bendecidos. . . .

Me acongojo al meditar
En que el rey lleno de amor,
Martiriza al trovador
Causándole hondo pesar.

En el Eterno confío,
Pues él es tan poderoso,
Que ha de volver el reposo
Al triste corazón mío.

Mi hija que idolatro tanto
Decidirá esta cuestión,
Que me causa honda impresión
Y me llena de quebranto.

Luchando con su dolor
Estará en su humilde estancia,
Yo le daré la fragancia
De mi paternal amor.

(Se dirige á la puerta por donde entró Lucinda, en momentos en que cae el telón.)

Fin del segundo Acto.

TERCER ACTO

Prisión del Trovador en la "Torre del Dolor", estancia pobre; dos ventanas al frente, una puerta á la izquierda y otra á la derecha; en ésta dos centinelas que permanecerán durante el acto; aparece el Trovador acostado en un banco, cantando tristemente las siguientes estrofas:

ESCENA I.

EDMUNDO.

(Canción)

Con pesar y sufrimiento
En esta prisión suspiró
Y enamorado deliro
Por mi ángel consolador.

Soy mártir desventurado,
Lloro una flor peregrina,
Que en el valle y la colina
Suspira por su amador.

Cual tórtola enamorada
Elevo mi triste canto,
Amargado con el llanto
De mi férvida pasión.

Y mis ayes dolorosos
Derraman el sufrimiento
En alas del sentimiento
Que exhala mi corazón.

ESCENA II

(*Edmundo y Carlos*). (*puerta de la derecha*)

Carlos. —Tristísima es la canción
Que tu alma triste ha exhalado,
Demuestra que apesarado
Se encuentra tu corazón.

Edmundo. —¡Oh Carlos! ya más de un mes
Que vivo en tan cruel tormento,
Ay! creeme que el sufrimiento
De mi pecho muy grande es.
¿Sabes tú, lo que es vivir
Separado del amor?
Es vivir en cruel dolor
Y mejor fuera morir
—En mi tremenda aflicción
Tú solo eres mi consuelo,
Y es mi delirante anhelo
Dejar pronto esta prisión.

Carlos. —Yo te compadezco Edmundo,
Pues no llega todavía
De tu libertad el día.

Edmundo. —Infeliz soy en el mundo
Y sufro mil sinsabores
Por la voluntad del rey
Que desprestigia la ley
Para saciar sus amores.
—El hombre que así se porta
Comete grave delito,
Es su crimen inaudito
Por los tormentos que aborta.

Carlos. —Espera, Edmundo, que el cielo
Retornará tu sufrir;
Augúrote un porvenir
Lleno de paz y consuelo.
—Hoy el vélo de ventura
Se romperá ante tus ojos,
Pues vá á causarte sonrojos
Ver á tu ángel de hermosura.

Edmundo. —¿Vendrá hoy?

Carlos. —Sí, sí, á las dos

Edmundo. —¿Y como sabes tú?

Carlos. —Edmundo,

Estas son cosas del mundo
Que bien las protege Dios.

—Lucinda se halla en París;
Hace una hora que ha llegado
Y todo está preparado
Para que llegue hasta aquí.

Edmundo. —Cuanta dicha Dios elemento!

Carlos. —Toma Edmundo.

(Le presenta una carta)

Edmundo. —¿Y esa esquela?

Carlos. —Me la dió Lucinda, leela.

(La recibe Edmundo)

Edmundo. —Me late violentamente
En el pecho el corazón;
Estas letras de esperanza
Cual estrellas de bonanza
Me darán animación.

(Lee)

“Mi muy estimado Edmundo;
Ambiciono con el alma,
De tu reposo la palma
Y que goces en el mundo.

Hoy he llegado á París
Por un milágro de Dios,
Y es seguro que á las dos,
Seré á tu lado feliz.

Carlos, tu fiel amigo,
Anhela el bien para tí,
Abriga interés por mí
Y sus cuidados bendigo.

Le agradeceré el favor
Hasta allá en el otro mundo,
Pues él se interesa, Edmundo,
Por nuestro eternal amor.”

*(Imprime un ósculo en la esquela y después le dá un
abrazo á Carlos)*

Oh! Carlos, con qué pagaré
De tu alma la abnegación,
Oh! ven, ven con efusión,
Fuerte abrazo te daré.

Carlos. —Edmundo tu hermano soy
Y es inmenso mi cariño;
Te aprecio desde muy niño
Y pruebas de amor te doy

Edmundo. —Qué fuera de mí sin tí
En esta torre sombría;
Sin duda que moriría.

Carlos. —Ten confianza siempre en mí.
Ya sabes que ignora el rey
Nuestra cordial amistad,
A él le sirvo con lealtad,
Y sé respetar la ley.

Podría en cualquier momento
Obsequiarte libertad;
Mas el rey con su crueldad
Te agrandará el sufrimiento.

Edmundo. —Amigo, preso estaré
Hasta que disponga el cielo.

Carlos. —Mi presencia es tu consuelo,
Oh! yo te protegeré.

Edmundo. —¿Con que es verdad que á las dos
viene Lucinda?

Carlos. —Soy tu amigo
Y ella ha de venir conmigo
Si es que lo permite Dios.

Edmundo. —Hasta cuando, Dios de amor,
He de vivir angustiado
Y cual lirio marchitado
Por las brisas del dolor?

Carlos. —Se obstina el rey en querer
A esa virgen de bonanza,
El abriga la esperanza.
De que su esposo ha de ser;
Mas Lucinda que te aprecia

- Con delirio, con locura,
Preséntale la amargura
Y con valor le desprecia.
- Edmundo.* —Ay! pobre paloma mía,
Dulce emblema de mi amor,
El huracán del dolor
Le robará su alegría.
- Carlos.* —Tres veces la ha visitado
El rey, y sin compasión
Le ha hablado de tu pasión.
- Edmundo.* —Ay! mi alma se ha lastimado
- Carlos.* —La inocente palomita
Desdeñando al cazador,
Sin piedad y con valor
Al rigor se precipita.
El cazador sin recelo
Sigue en pos de su esperanza,
Pero su afán solo alcanza
Un amargo desconsuelo.
- Edmundo.* —Los celos de mi pasión
A mi corazón agitan,
Y duramente me incitan
A salir de esta prisión.
Oh! Carlos cómo pudiera
Este yugo sacudir,
Para aliviar el sufrir
De esa virgen hechicera.
- Carlos.* —Paciencia y resignación
Debes tener, buen Edmundo,
Disipa el dolor profundo
Que enferma á tu corazón.
—Es ya cerca de las dos
Y á la cita tengo que ir;
Prontamente he de venir;
Hasta luego.
- Edmundo.* —Anda con Dios;
Yo inquieto te esperaré
Palpando mil ilusiones,
Y dolientes sensaciones
En el alma sentiré.

ESCENA III

Edmundo. (con mucha calma)

Cuando en mañanas plácidas solía
Ver de Lucinda el sonrosado rostro
Gozaba placentera el alma mía
De las tiernas delicias del amor.

Y hoy que en esta cruel prisión suspiro
Y no miro á ese ángel hechicero,
Apesarado y triste yo deliro
Sintiendo sucumbir mi corazón.

ESCENA IV

(Edmundo y Carotín)

- Carotín.* —Muy buenas tardes, amigo.
Edmundo. —Salud mi buen carcelero.
Carotín. —Soy vuestro amigo sincero.
Edmundo. —Tu buena amistad bendigo.
Carotín. —Cariñoso á veros vengó.
Edmundo. —Yo tu atención agradezco.
Carotín. —Pues como siempre os ofrezco
Cuanto en mi pobreza tengo.
Edmundo. —Muchas gracias, Carotín,
Eres fino y bondadoso.
Carotín. —Anhele vuestro reposo
Y de vuestra pena el fin.
Edmundo. —La causa de mis tormentos
Es un capricho del rey,
Que sin piedad y sin ley
Me regala sufrimientos.
Soy mártir por el dolor,
Por que adoro y soy amado,
Porque el rey se ha apasionado
De la prenda de mi amor.
Carotín. —Todo lo sé, capitán,
También conozco á Lucinda,
Y sé que esa virgen linda
Os adora con afán.

Conozco al rey demasiado
Y que ama á Lucinda sé,
Si él ama de buena fe.
Os hará desventurado.

Meditad, buen caballero,
En lo que por ella hará;
Ay! él la conseguirá
Por la fuerza y el dinero.

Edmundo. —No sé cual será su suerte,
Mas me atrevo á asegurar,
Que ella al rey no puede amar
Prefiere mejor la muerté.

Carotín. El poder del soberano
Es muy inmenso, señor.

Edmundo. —No conseguirá su amor
Aunque se muestre inhumano.

Carotín. —Pues el tiempo lo dirá.

Edmundo. —En Dios confío.

Carotín. —Yo sé

Que obra el rey de buena fé
Y su anhelo efectuará.

Edmundo. —Lo dudo.

Carotín. —Hoy vá á venir;
Temprano me lo ha anunciado
Y según lo que me ha hablado
Algo os tiene que decir.

Edmundo. —¿A qué horas vendrá?

Carotín. —A las tres.

Edmundo. —Dios eterno, que mala hora,
Oh! si Lucinda demora
La encontrará aquí talvez.

Carotín. —¿Ella va á venir?

Edmundo. —Sí, sí,
Con Carlós vendrá á las dos.

Carotín. —Podeis recibir su adiós
Antes que el rey llegue aquí.

Edmundo. —Mi mente se había forjado
Pasar horas de ventura
Con esa hermosa criatura
Por quiéu tanto he suspirado.

Mas es tanto mi sufrir
Y tantos mis sinsabores
Que siempre duros rigores
Enturbian mi porvenir.

Carotín. —Podéis aplazar la cita
Hasta la noche ó mañana.

Edmundo. --No, esa virgen soberana
Irse pronto necesita.
Su padre que quiero tanto
Ha de estar desesperado
Y su espíritu angustiado
Ha de palpar el quebranto.

Carotín. —Pues bien, yo os ayudaré
Aunque quebrante la ley;
Cuando vea venir al rey
Con tiempo os avisaré.

Edmundo. —Muchas gracias, Carotín.

(Le dá una llave)

Carotín. —Esta llave abre esa puerta;
(Señala la puerta de la izquierda)
Al oír la voz de alerta
Y el sonido del clarín,
Podéis abrir al momento.
Para á Lucinda esconder;
Nada el rey tiene que hacer
En ese humilde aposento.

Edmundo. —Agradezco tu cuidado
Y tu cordial amistad;
Mas ten la seguridad
De que serás bien pagado.

(Dan las dos en el reloj de la torre)

Carotín. —Voime ya, buen caballero,
El reloj dió ya las dos,
Ay! quedad aquí con Dios.

Edmundo. —Espero, buen carcelero,
De prevención la señal
En el toque del clarín.

Carotín. —Vuestro humilde Carotín
Será en su promesa leal.

ESCENA V

(*Edmundo*)

Me cansa esta soledad,
Y me abruma y aniquila
Mi alma triste é intranquila,
Llora su fatalidad.

¡Hasta cuando Dios de amor
He de vivir angustiado
Y tan vilmente humillado
Por un infame traidor.

Por un rey inconsecuente
De alma fiera y corrompida
Que por conseguir *querida*
Martiriza al inocente.

(*Se sienta en una silla y queda adormitado*)

ESCENA VI

(*Edmundo, Carlos, Lucinda y Carlota*)

(*Puerta de la derecha*)

Carlos. — Allí está.

Lucinda. — ¡ Oh Edmundo, Edmundo!

(*Se abrazan*)

Edmundo. — Amor mío, qué placer!
¡ Ay! al fin te vuelvo á ver
En este pícaro mundo.

Lucinda. — ¡ He sufrido tanto, tanto
Por tí ¡ oh Edmundo querido!
Que el pecho lo siento herido
Por la daga del quebranto.

(*Se sueltan y entónces mira Edmundo á Carlota y turba
do le dá la mano*)

Edmundo. — Oh! Carlota, perdona
De mi alma la distracción;
Sabes que mi corazón
Se encanta con tu amistad.

- Carlota.* —Por tí mi afecto es profundo
Y en mi pecho se fermenta,
Hoy mi espíritu se alienta
Al verte, estimado Edmundo
- Edmundo.* —Soy infeliz.
- Carlota.* —Lo comprendo.
- Edmundo.* —En esta triste prisión
No encuentra mi alma expansión.
- Lucinda.* —Hoy alegrarte pretendo
Y á esta estancia he venido
Llena mi alma de confianza,
Pues abrigo la esperanza
De saber lo que has sufrido.
- Edmundo.* —¡ Ah!, inmenso es mi sufrir
Y muy grande mi quebranto,
He sufrido tanto, tanto
Que hasta he deseado morir.
- Más de un mes aquí encerrado
En esta torre sombría,
Deseando ver cada día
Tu bello rostro rosado.
- Ese rey que así me humilla
Es muy canalla y cobarde;
De su poder hace alarde
Pues la inocencia mancilla.
- Lucinda.* —Esos rasgos de maldad
Que derrama su conciencia,
Martirizan mi existencia
Y me causan ansiedad.
- Carlos.* —Esperen: quizás el cielo
Les mitigará el sufrir.
- Edmundo.* —Oh! yo siempre he de vivir
En amarguísimo duelo.
- Carlota.* (*á Edmundo*)—El desierto de tu amor
De espigas está sembrado,
Y tu ser tan marchitado
Va sufriendo cruel dolor.
- Hoy un angel de bondad
Ha venido á consolarte,
Y sublime prueba á darte
De su constante lealtad.

- Lucinda.* —Sí, Edmundo, te soy constante
Y fiel á mi juramento,
Y de mi alma el sentimiento
No se aparta un solo instante.
- Edmundo.* —Tus palabras me consuelan.
- Carlos.* —Son sentimientos de amor
Que salen de su interior
Y honda tristeza revelan.
- Lucinda.* —Mi padre que quiero tanto
Permiso me ha concedido,
Si á esta torre he venido,
Considera mi quebranto.
- Edmundo.* —¿Está en París?
- Lucinda.* —Nó, en la aldea :
- Edmundo.* —¿Cómo te dejó venir?
- Lucinda.* —Yo le supe persuadir.
- Edmundo.* —Bendito su afecto sea.
- Carlota.* —Ven, Carlos, á la ventana.
- Carlos.* —Sí, ven que te quiero hablar.
- Carlota.* —De lo alto quiero mirar
Nuestra ciudad tan galana.

(Se asoman á la ventana, miran hacia afuera y accionan como si hablaran de sus amores)

(Edmundo y Lucinda se toman de las manos y hablan apasionadamente.)

- Edmundo.* —Te amo tanto, ángel de amor,
Que en tí contemplo el Edén.
- Lucinda.* —Inmenso es mi amor también.
- Edmundo.* Tu amoroso resplandor
Embelesa al alma mía.
- Lucinda.* —¡Oh, tú eres mi pensamiento
Y no te olvido un momento.
- Edmundo.* —Al fin ha llegado el día
De vernos, prenda querida.
- Lucinda.* —Lo descaba con el alma,
Para entregarte la palma
De mi pasión bendecida.
- Edmundo.* —Lucinda, quiero saber
Los pesares de la ausencia,

Lo que sufrió tu existencia
Cuando don Luis te iba á ver.
Lucinda. —Edmundo, crueles rigores
En la ausencia he padecido;
Pues siempre me han aburrido
Del rey los fieros amores.

En mi estancia tan querida
Do suspiró por tu amor,
Tres veces ese señor
Cogióme desprevenida.

Sus ruegos he desechado
Con valor y sin prudencia,
Exponiendo mi existencia
Al rigor de un atentado.

Edmundo. —¡Dios mío que atrevimiento!

Lucinda. —Es un hombre sin piedad,
Que por palpar su maldad
Me ha propuesto casamiento.

Edmundo. —Ya lo sabía.

Lucinda. —Prefiero
Antes morir.

Edmundo. —Ya lo creo.

Lucinda. —Ser tuya solo deseo
Porque á tí tan solo quiero.

Edmundo. —En mi horizonte de amor
Vislumbro un sol refulgente,
Que me ilumina la mente
Con su vívido fulgor.

Ese sol de bienándaanza
Es mi emblema de pasión
Que preludia nuestra unión
Con la fe de la esperanza.

En esta torre sombría
Do no se oye sino el viento,
Tú serás el pensamiento
Que arrulle á la mente mía.

La imágen de tu inocencia
Será la fiel compañera,
Que amorosa y hechicera
Endulzará mi existencia.

(Carlos y Carlota se llegan asustados hacia Edmundo y Lucinda.)

Carlos. — ¡Allí viene el rey!
Lucinda. — ¡Oh Dios!
Edmundo. — ¡Oh Dios! viene á muy mala hora.
Carlota. — ¿Y qué hemos de hacer ahora?
Lucinda. — ¡Bajemos. . . ! ¡Edmundo, adiós. . . !
Carlos. — ¡No, imposible. . . nos verá!

(Se oye el toque del clarín y los dos centinelas que custodian á Edmundo, echan sus armas al hombro y miran con desasosiego al preso.)

Edmundo. — Espera, Lucinda, espera!
Lucinda. — ¡Ay. . . !
Carlota. — ¡Oh virgen hechicera,
Sálvanos!!

Edmundo. — Venid acá,
Les voy abrir esta puerta.
Para que entreis al momento.

Carlos. — Sí conozco este aposento
Y la salvación es cierta.

Edmundo. (abre)— Pueden aquí penetrar.

Carlota. — Sí, entremos pronto:

Edmundo. — Alma mía
En mi corazón confía.

Lucinda. — Angustiosa voy á estar:

Carlos. — Por dentro yo cerraré,
Y en silencio aquí estaremos.

Carlota. — En el Eterno confiemos,
Que desde el cielo nos vé.

(Carlos cierra la puerta.)

Edmundo. — ¡Ay! el rey aquí vendrá;
Con indignas pretensiones;
Mi alma llena de ilusiones
Con valor se portará.

Talvez me vendrá á decir
Algún misterio de su alma,
Quizás me traerá la palma
De mi constante sufrir.

¡ Ojalá, Dios poderoso,
Venga á darme libertad!
Pues que anhelo en mi ansiedad
De mi existencia el reposo!

ESCENA VII

(*Edmundo, el Rey, Samuel, Carolin y Guardianus,*

Samuel. — ¡ El rey!

Edmundo. (*aparte*) ¡ Oh Dios de bondad,
Dadme paciencia y valor!

Rey. — Buenas tardes, Trovador.

Edmundo. (*con frialdad*) — Salud oh real Majesta

Rey. — Hoy rebozando ternura
A esta prisión vengo á verte,
Para afectuoso ofrecerte
Un porvenir de ventura.

Edmundo. — El valle de mi existencia
Sembrado está de tormentos.
Y me causa sufrimientos
Aspirar tanta indolencia.

Muy mártir, soy en verdad,
Porque así vos lo queréis,
Lamentable es que abriguéis
Para mí tanta crueldad.

Rey. — Anhelo con toda el alma
Mitigar tu desventura,
Quiero alejar la tristura
Que te arrebató la calma.

(*Todos salen á una señal del rey, menos los dos centinelas*)

Edmundo. — Mi penar y mi inocencia
Que os muevan el corazón
Y brotes de compasión
Produzca vuestra conciencia.

Rey. — Yo te pondré en libertad
Si tu quieres al momento;
Pero harás el juramento
De salir de la ciudad.

Te daré mucho dinero
Para que goces del mundo,
Pero olvidarás, Edmundo,
La mujer que tanto quiero.

Edmundo. — ¡Oh real señor, no abuséis
De mi humildad y pobreza,
Espantosa es la bajeza
Que ufano me proponéis!
Cinco años os he servido
En vuestra guardia de honor,
Nunca, nunca ¡oh gran señor!
Infamias he cometido.

Las leyes he respetado
Con honor y con lealtad.
Siempre con sinceridad
Vuestro trono he custodiado.

Hoy, gran señor olvidais
Vuestra amistad y cariño,
Y cual si fuera yo un niño
Con mi existencia jugáis.

Rey. — Pronto olvidas, capitán,
Vuestra falta y osadía,
¿Ya no recuerdas el día
De tu borrascoso afán?

¡Recuerda aquel faltamiento
De desleal desobediencia!
¿No vaga ya en tu conciencia
La voz de tu atrevimiento?

Edmundo. Siempre llevo aquí en la mente
Mil recuerdos de lealtad;
Pues con vuestra Majestad
Siempre he sido consecuente.

No es un crimen defender
De las garras de un traidor
Al precioso angel de amor
Que mi ventura ha de ser.

Rey. — Ese angel de tu esperanza
Es mi esperanza también.

Edmundo. — De mi amor es un Edén
Do vuestro poder no alcanza.

Rey. — Los dos amamos, Edmundo,
Con amor y con delirio,
Tu experimentas martirio
Y yo tormento profundo.

 Mi pasión es poderosa
Como nunca la he sentido;
Ya á Lucinda la he pedido
Y pronto será mi esposa.

Edmundo. — Lo dudo.

Rey. — Pues lo verás.

Edmundo. — Vuestro terco corazón
No llenará su intención.

Rey. — De aquí no saldrás jamás
Si no firmas un escrito
Dirijido á tu adorada.

Edmundo. — ¿Y qué le diré á mi amada?

Rey. — Que en España estás proscrito.

Edmundo. — Yo nunca puedo mentir
Mucho menos á mi amor.
¡Oh dejadme ya, señor.

Rey. — Aumentaré tu sufrir.

Edmundo. — ¡Oh poco me importa.

Rey. — Edmundo,
Mira que hablas con el rey.

Edmundo. Señor, faltáis á la ley
Y á mi cariño profundo.

Rey. — En el desierto de amor
A la luz del sol hiriente,
Se ostenta gallardamente
Una hermosísima flor.

 Esa flor de mi ternura
Es Lucinda, mi adorada,
Flor hermosa y sonrosada
Dulce emblema de ventura.

 Los dos llenos de pasión
Fielmente la idolatramos,
Y embelesados palpamos
El rigor de la aliección.

 Tormentoso es mi dolor
Porque la amo con el alma,

¡ Yo me llevaré la palma
De su sacrosanto amor !

Hoy mismo vas á partir
Al lugar de tu elección,
Que elija tu corazón
Do quieras mejor vivir.

Edmundo. — Abusais de la inocencia
Y deseais un imposible.
¡ Oh señor, me es preferible
Pasar aquí la existencia.

Rey. — A España pienso mandarte
Si no escribes á tu amada,
Lo que mi alma enamorada
Por mi bien á de dictarte.

Edmundo. Jamás.

Rey. — Dirás á Lucinda
Que la has echado al olvido,
Porque otro ser bien querido
Felicidades te brinda.

Edmundo. — Jamás en el mundo oí
Tan infame proceder.

Rey. — Me tienes que obedecer
Pues soy superior á tí.

Edmundo. — ¿ Como queréis alejarme
Del Edén de mis amores?
¿ Por qué me ofrecéis rigores
Que en la ausencia han de matarme?

No es fugaz mi fiel pasión
Cual lo pensáis, gran señor,
Es volcánico el amor
Que inflama á mi corazón.

Si vuestro pecho ha sentido
Ese amor que llega á el alma,
Sabréis que pierde su calma,
El corazón dolorido.

¿ Y por qué, vos gran señor,
No adoráis una princesa,
Buscad allá en la nobleza
Otro arcángel seductor.

Rey. —La pasión que siento yo.
Y que atormenta mi vida,
En mi pecho es consentida
Porque Dios me la inspiró.
Y no me agrada en verdad
Que ames á Lucinda, Edmundo,
Mi amor por ella es profundo
Y haré su felicidad.

Edmundo. —Podéis matarme, señor,
Al instante si queréis,
Que yo olvide no esperéis
Al arcángel de mi amor.

Rey. —El Edén de mi ventura
De flores esta sembrado
Pero entre ellas he encontrado
La espina de desventura.

Esa espina de tormento
Eres tú, buen trovador,
Empañas mi dulce amor
Con la fe del sufrimiento.

De mi Edén quiero alejarte
Y realizarlo es mi empeño,
Yo solo he de ser el dueño
Del ángel que va á olvidarte.

Al momento partirás
Para España desterrado,
Te mandaré custodiado
Para no verte jamás.

Edmundo. —¡ Señor!

Rey. —Irás con Samuel
Y con otros capitanes,
Ellos serán tus guardianes.

Edmundo. —Señor os mostráis muy cruel...
Un momento medita
En la acción que cometéis.

(*El rey da tres palmadas en el umbral de la puerta
donde están los centinelas*)

Rey. —Preciso es que no penséis
En contrariar mi voluntad,
¡ Ved que os trato sin rigor!

(Se presentan Samuel y algunos guardias)

Edmundo. (aparte)—¡Qué será de mí Dios mío!

Rey. (á Samuel)—Capitán á tí confío
La vida del Trovador.

Le llevarás sin tardar
A tu dorado aposento,
Allí puede en un momento
Su equipaje preparar.

Tres oficiales de honor
Y guardias escogerás,
Y con ellos partirás
Custodiando al Trovador.

A España vas á partir
A dejarlo en libertad,
Que él escoja la ciudad
Do mejor pueda vivir.

El, desleal se ha manejado
Y se ha mostrado altanero,
Es por esto que yo quiero
Tenerlo allá desterrado.

Samuel. —Así lo haré buen señor.

Edmundo. --Ayer era vuestro amigo,
Hoy soy ya vuestro enemigo,
Pues me tratáis con rigor.

Rey. --Me habéis desobedecido.

Edmundo. --Al destierro partiré,
No hay duda que sufriré
Porque así lo habéis querido.

Sí, yo llevo aquí en él alma
El puñal de los tormentos,
Pero mil remordimientos
Han de robar vuestra calma.

Sois poderoso, señor,
Y abusáis de mi humildad;
Mas de ese angel de bondad
No conseguiréis amor....
¡Vamos!

Rey. --¡Salid al momento!

Samuel. --Sí, vamos, vamos, Edmundo.

Edmundo. (*aparte*) — Pesares me brinda el mundo
Y un eterno sufrimiento.

(*Salen con una parte de la guardia*)

ESCENA VIII

(*Dichos, el Rey y Guardia etc.*)

Rey. (*Meditabundo*)

— ¡ Ay desventurado Edmundo!
Me quebranta el corazón,
Y me lleno de aflicción
Al ver su penar profundo.

 Preciso me es separarlo
De la virgen de su amor,
Y aunque me cause dolor
Yo debo así desterrarlo.

 Así quizás pueda amarme
Lucinda que tanto quiero,
¡ Oh sí ese angel hechicero
Al fin tendrá que apreciarme.

 De Francia Reina ha de ser
Porque la amo con verdad,
Llevo la seguridad
De que feliz me va á hacer. . . .

.....
Vamos soldados, salgamos,
Dejemos esta prisión,
Que me oprime el corazón. . . .
Vamos, centinelas, vamos.

(*Salen todos*)

ESCENA IX

Lucinda, Carlos y Carlota. (*Salen del aposento*)

Lucinda. — ¡ Para España va á partir!
¡ Oh Dios mío!

- Carlota.* —Pobre Edmundo!
Carlos. —¡Infeliz es en el mundo!
Carlota. —¡Tormentoso es su vivir!
Carlos. —¡Ay socorredle, gran Dios,
Mitigando su tormento!
Lucinda. —Ni aun me halaga el sentimiento
De haberle dado mi adiós.
Carlos. —Te quiere el rey con pasión
Y con él debes hablar,
Quizás puedas ablandar
Su indolente corazón.
Carlota. —El tiempo corre veloz,
Ya no hay lugar para nada.
Lucinda. —¡Oh sí! Mi alma enamorada
Irá de su sombra en pos.
Sí, vamos, le alcansaré
Y amistosa y con valor,
Para mi fiel trovador
El perdón le arrancaré.
Carlos. —No, conviene todavía,
Que se aleje; un poco espera;
Puesto que si aquí nos viera
Castigara mi osadía.
Carlota. —Sí, sí, Lucinda, esperemos.
Lucinda. —Podemos bajar despacio,
El se dirige al Palacio
Y sus pasos seguiremos.
Carlos. —Vamos pues.
Lucinda. —Muy grande es Dios,
Como grande es mi pasión,
Siquiera mi corazón
Le dará el último adiós!!

(*Salen todos*)

Fin del tercer Acto.

ACTO CUARTO

Aposento del Rey, ricamente amueblado, una mesa al centro con recado de escribir; aparecen varios útiles de cacería colgados en las paredes.

ESCENA I.

(*El Rey y Jorge*)

- Jorge.* —Su Majestad: con empeño
Hacia aquí quiere venir
Una aldeana.
- Rey.* —¡Oh Dios! Dormir
Anhelo, pues tengo sueño.
- Jorge.* —Es una joven preciosa
Como las flores de abril,
De talle esbelto, gentil
Y en extremo cariñosa.
- Rey.* —¿No sabes cómo se llama?
- Jorge.* —Su nombre no sé cual sea;
Sé que habita en una aldea.
- Rey.* —Pues si ella audiencia reclama
Hasla entrar en el momento.

(*Sale Jorge*)

ESCENA II

(*El Rey*)

Palpita mi corazón
Al palpar la honda impresión
Que amoroso experimento.
¡Si será ella, Dios de amor!
Talvez llena de quebranto
Viene á pedirme con llanto,
Perdón para el trovador.

Ay! yo siento un no sé qué
Dentro mi alma en lo profundo,
Yo siento algo por Edmundo,
Mas si es pena no lo sé.

Intranquila mi conciencia
Por la fe de mi impiedad,
Voy sintiendo una ansiedad
Que anonada mi existencia.

¡ Oh podré yo soportar
Tan amargó sentimiento!
Sin duda el remordimiento
Con mi vida ha de acabar.

Yo siento amor por Lucinda:
En mi pecho se fermenta
Y mi ser se desalienta
Con las penas que me brinda.

ESCENA III

(*El Rey y Lucinda*)

Lucinda. —Perdone su Majestad,
Si aquí á molestaros vengo.

Rey. --Inmenso contento tengo,
Al verte grata deidad.

Lucinda. --Con mi pena y sentimiento
Ando en pos de una esperanza
Yo veré si mi alma alcanza
Mitigar su sufrimiento.

Vos, señor con temeridad
Quebrantáis dos corazones,
Les causais mil impresiones
Sin afecto y sin piedad.

Si acaso os mueve el pesar
Que estoy sintiendo, señor,
Devolvedme al trovador
A quien vais á desterrar.

Rey. --Lucinda, mi corazón
Al verte así se conmueve.

En inmensos pesares bebe
En el lago de aflicción.

Yo que te amo con el alma
Que siempre por tí deliro,
¡Ay! yo que por tí suspiro
Del todo pierdo la calma.
Me pides un imposible,
Vé que Edmundo es mi rival,
Y su amor me hace fatal.

Lucinda. —¡Oh mi corazón sensible
Idolatra al trovador;
Sin él pudiera morir,
Pues no podré resistir
De la ausencia el cruel dolor.

(Carlos pasa dos ó tres veces por la puerta de entrada)

Rey. —Tú sientes grande pasión
Por Edmundo que te adora,
Pues así por tí devora
El amor mi corazón.

Lucinda. —Os vengo á pedir, señor,
Que á Edmundo no desterréis,
Si en verdad vos me queréis
Concededme este favor.

Rey. —No puedo, nó.

Lucinda. —¡Oh que sufrir!
Os lo suplico!

Rey. —No puedo,
Ni tampoco te concedo
Le veas antes de partir.

Lucinda. —¡Ay, si vuestro pecho abriga
Un piadoso corazón,
Tened, señor, compasión
De vuestra infeliz amiga.

Rey. —Yo te adoro, vida mía,
Con la fé de una esperanza,
Y creo que mi alma alcanza
Que me quieras algún día.

Lucinda. —Nunca; prefiero morir. . . .
A vuestro palacio he venido
A pedir un favor.

Rey. —Tú adoras al trovador

A quien también he querido.
El me desobedeció
Y tengo que castigarle,
Si, no puedo perdonarle,
Porque de mí se burló!

Lucinda. --Si abrigáis una esperanza
De que yo os pueda estimar,
Ya la debéis desechar.

Rey. --Mi poder todo lo alcanza
Por eso en este aposento
Retenida vas á estar;
Aquí me tienes que amar!

Lucinda. --¿Creeré tal procedimiento?

Rey. --¡Oh tú eres mi porvenir
Y es mi afán tan imperioso
Que al fin he de ser tu esposo.

Lucinda. (*suplicante*)
--Es la hora en que va á salir
Al destierro el trovador,
Su partida ¡oh real señor
Vos la podeis impedir!

Rey. --¡Olvida, por Dios á Edmundo!

Lucinda. --¡Oh señor, él es mi vida!

Rey. --Tú al ser mi esposa querida,
Serás feliz en el mundo.

Lucinda. --Desechad esa ilusión
Tan contraria á mi deseo.

Rey. --Bella Lucinda, en tí veo
Un cielo de inspiración.

Tu frente coronaré
Con la guirnalda nupcial,
Y aquí en mi palacio real
A mi lado te tendré.

Serás la reina de Francia;
Mandarás en mi reinado,
Y me tendrás dominado
Con tu amorosa constancia.

Si quieres en el momento
Mi esposa te puedo hacer,
Pues es eterno el querer
Que en el pecho experimento.

- Lucinda.* —Impósible es olvidar
Al hombre que tanto quiero.
¡ Oh mi amor es verdadero,
Lo siento profundizar !
Si en vuestro pecho sentis
Por mí un afecto profundo,
¡ Ay no desterréis á Edmundo,
Ni le hagais tan infeliz !
- Rey.* (*pensativo*)
—A Edmundo he de libertar
Si me das una esperanza ;
Hoy tu belleza alcanza
Mi corazón ablandar.
- Lucinda.* —Esperanza lisonjera
En vuestra alma infundiré,
Señor, yo siempre seré
Vuestra amiga verdadera.

ESCENA IV

(*Rey, Lucinda y Jorge*)

- Jorge.* —Señor, una bella aldeana
Pide audiencia.
- Rey.* —¿Sabeis vos
Quién es?
- Jorge.* —No, señor.
- Rey.* —¡ Oh Dios !
Dila que vuelva mañana.
- Lucinda.* —La joven que pide audiencia
Es mi amiga.
- Rey.* —Si es así
Que venga al momento aquí
A honrarte con su presencia.
- (*Se va Jorge*)

ESCENA V

(*Rey, Lucinda y después Carlota*)

- Lucinda.* —Ella es la fiel compañera

Que resguarda mi inocencia,
Ella endulza mi existencia
Con su amistad verdadera.

Con ella vine á París

A suplicaros, señor,
Libertéis al trovador
A quién haceis infeliz.

Carlota. (entra)

—Real señor, á vuestros pies!

Rey. (á *Carlota*)—Aquí teneis á tu amiga,
Mas preciso es que te diga
Que está presa, cual lo ves.

Carlota. —¿Está presa?

Rey. —Por una hora.

Carlota. —¿Y por qué?

Rey. —¿Espero se ausente

Edmundo.

Lucinda. (aparte—¡Oh Dios que indolente!

Carlota. —Pues con él he hablado ahora

Y os remite este papel,

De nosotros cerca está

Si queréis aquí vendrá

Con el capitán Samuel. (le dá el papel.)

Rey. —Dadme, leeré lo que dice,

(Lee reservadamente)

Carlota. (á *Lucinda*, despacio)

Le han dicho estabas aquí.

Lucinda. —El corazón me predice
Borrascoso sentimiento.

Rey. (después de leer)—Edmundo quiere venir

Y aquí lo he de recibir,

Aunque sea por un momento.

Lucinda. (con tristeza)

—Si es verdad que me queréis

Cual vos mismo lo decís,

¿Por qué me haceis infeliz

Y á la muerte me esponéis?

Os pido llena de llanto

Que me libertéis á Edmundo,

¡Oh mi penar es profundo

Y se agranda mi quebranto.

Rey. —Una esperanza te doy,
Si tú esperanza me das.

Lucinda. —Si ella es de pasión, jamás;
Siempre vuestra amiga soy.

Rey. —El árbol de mi ventura
Tu desdén lo ha derribado,
Y está triste y marchitado
Sobre un suelo de amargura.

Tus palabras me hacen daño
Torturan mi corazón,
Me causan honda impresión
Y palpo mi desengaño.

Para obtener el reposo
Tú me tienes que querer,
Y cree, Lucinda, he de ser
Muy pronto tu fiel esposo.

Lucinda. —¡Jamás!

Rey. —Mi senda de amor
Por siempre estará florida,
Dichosa será mi vida
Si' olvidas al trovador.

Lucinda. —Nunca.

Rey. —Tu querido Edmundo
Va á alejarse de París,
Así puedo ser feliz
En este encantado mundo.

Lucinda. —No es posible consentir
En mi pecho vuestro amor,
Mi amor es del trovador
Y en mi pecho ha de vivir.

Vos, señor, sin compasión
De mi pobreza abusais
Y en extremo atormentais
Mi doliente corazón.

Desecho vuestra corona,
Vuestra abundante riqueza,
Soy nacida en la pobreza
Y la pobreza me abona.

Dejadme en paz, ya señor,
Dejad mis fibras tranquilas,

¿No veis que de mis pupilas
Brotan lágrimas de amor?

(Se oye cantar á Edmundo muy cerca de la puerta de entrada.)

- Rey.* —Mientras recibo á Edmundo
Entren á ese aposento.
- Lucinda.* —¡Qué infeliz soy en el mundo!
- Rey.* —Allí pueden esperar,
Mientras recibe mi adiós.
- Lucinda.* —Señor, os pido por Dios!
Me dejéis con él hablar.
- Carlota.* —Sí, dejadle, buen señor,
Su triste adiós recibir.
- Rey.* —No lo puedo consentir.
- Lucinda.* —¡Oh, piedad á mi dolor!
- Rey.* Déjenme por un momento
Que quiero darle mi adiós,
Vamos, penetren las dos
Sin tardar á ese aposento.
- Lucinda.* —Oh Dios que mandas el mundo
Mitígame la ansiedad,
Y ojalá que con bondad
Te compadezcas de Edmundo!

(Entran y el rey cierra la puerta)

- Rey.* —Pobre Edmundo, oh yo le quiero
Por su prudencia y lealtad,
Le he tratado con crueldad
Y en verdad que desespero.
El Creador que todo vé,
Testigo es de mi tormento,
De este cruel remordimiento
Que por siempre sufriré.

(Toca un timbre y aparece Jorge)

ESCENA VI

El Rey y Jorge

(Lucinda y Carlota encerradas)

- Rey.* —Haz que entre Edmundo.
- Jorge.* —Muy bien.

Rey. —Hoy concibo la esperanza
De que mi pasión alcanza
Trasportarme al bello Edén.

ESCENA VII

(*Dichos y Edmundo, Carlos y Samuel*)

Edmundo. —Si acaso sois complaciente
Con el sér que os ha querido,
Perdonad si aquí he venido.

Rey. —Lo deseaba ardientemente.

Edmundo. —Señor, por la vez postrera
Estoy en vuestra presencia,
Llena mi alma de dolencia.

Rey. —Tu presencia es placentera;
Lo deseaba.

Edmundo. —Voy á partir
A mi destierro, señor,
Mas esperó el gran favor
De dejarme despedir
De Lucinda, mi adorada.

Rey. —Está vencido ya el plazo
De que te ausentes, Edmundo.

Edmundo. —Señor, mi amor es profundo
Y hay motivo para el caso.

El iris de mi ventura
Va á quedar abandonado,
Y por siempre separado
De su amor y su ternura.

Siquiera un solo momento
Dejadme verla, señor,
¡Ay! ved que es grande el dolor
Que en el pecho experimento.

Esa flor de mi ternura
Do se duerme la inocencia,
Flor que conserva su esencia
En su cáliz de ventura.

Sin amor. sin esperanza,
De la vida en el desierto,
Todo lo ha de ver incierto,

Todo triste en lontananza.
Dejad que su alma perciba
De mi adiós el sentimiento,
Dejad, señor, que un momento
En su estancia me reciba.

(El rey le presenta lo que ha escrito)

Edmundo. *(Después de leer tira el papel al suelo)*

—¡Rechazo vuestro dinero!

Rey. —¡Oh como! ¿Lo reusáis?

Edmundo. —La fortuna que me dais
Rcal señor, yo no la quiero.

Rey. —Piensa bien, es un millon
De pesos que te darán
Allá en Madrid, capitán.

Edmundo. —Yo no vendo mi pasión
Puesto que ella es mi vivir,
¡Oh qué mal os manejaís,
Pues que tal cosa pensáis
Que yo pueda convénir.

Ya voy á dejar París;
Dejo en él mi corazón,
Y con dolor y aflicción
Viviré siempre infeliz.

La imagen de mi adorada
En mi mente habitará,
Y en mi pecho vivirá
Mi pasión reconcentrada.

¡Señor, vos inconsecuente
Al martirio me mandáis,
Y ciegamente olvidáis
Que os he sido consecuente.

(El rey escucha atentamente con el ceño arrugado)

¡Vos dinero me ofreccis
Porque olvide á mi adorada,
Señor, mi vida es honrada
Y os pido la respetéis!

¡Me hacéis tal proposición
Que me aterro y me conmuevo
Hoy á maldecir me atrevo
A vuestra alma y corazón!

¡Yo nunca pensé, señor,
De vos tal procedimiento
Os dejo el remordimiento
De mis penas, vengador!

Quedará en vuestro poder
El angel de mis amores,
No le tratéis con rigores
Ni me le hagáis padecer!

Rey. —¡Insensato trovador!
¡Anda pronto á tu destierro!
Edmundo. —Vuestro corazón de hierro
Es infame y seductor.

(Se abre la puerta y aparecen Lucinda y Carlota)

(Carlos se le pone por delante á Edmundo y le hace una señal de silencio; Lucinda se acerca al rey suplicante)

Lucinda. —Señor, he aquí entre los dos
El velo de la inocencia,
Que á ambos pide prudencia.

Edmundo. *(aparte)*—¡Ay, Lucinda allí!
¡Gran Dios!

Lucinda. —Señor, os vine á pedir
De Edmundo la libertad,
Y espero con ansiedad
Que no le dejéis partir.

Rey. Pide sin vacilación
Si tú quieres mi existencia;
Muy dóscha la imprudencia
De pedirme su perdón.

(Carlota se lleva á Carlos y conversan reservadamente)

Edmundo. Deja, Lucinda, sí, deja
No lo supliqueis ya más;
En su cupricho es tenaz,
No ha de oír tu triste queja!

Lucinda. ¡Piedad! . . .

Rey. —Oh! hermosa aldeana,
De tu alben ores la flor,
Que ostenta bello color
Sobre su tallo gulana.

Ya enal blanda mariposa
Al corte me apasioné

Desde entonces anhelé
Besar tu cáliz de rosa.

Mas, se opone á mi ventura
Tu adorado trovador,
Medita en mi cruel dolor
Y en mi voraz desventura.

Lucinda. —Señor, lo que me ofreceis
Es una acción de cobarde.

Edmundo. —No hagais del poder alarde,
Pensad bien en lo que hacéis!

Rey. —Recuerda que me has faltado!

Edmundo. —Fué debido á vuestra acción.

Rey. —Edmundo, . . .

Lucinda. —Sin compasión
Mucho le habeis castigado.

Edmundo. —De la torre en la prisión
He vivido atormentado,
Y he sentido marchitado
Mi doliente corazón.

El motivo, gran señor,
Es ninguno cual lo veis;
Es señor que vos quereis
Alejarme de mi amor.

Rey. —¡Edmundo yo soy el rey
A quien debes respetar!

Edmundo. —Señor, yo me sé portar
Consecuente á vuestra ley;
¡Mas ved bien que sois tirano
Con un ser que os ha servido!

Rey. —Te muestras muy atrevido!

Edmundo. —Y vos, señor inhumano!

Rey. —¡Insensato trovador!

Edmundo. —Lo que os digo es con razón.

Lucinda. —Señor, tened compasión,
Disipad tanto rigor.

Rey. —*Lucinda*, tu faz me inspira
Y me induce á perdonarle,
No quisiera desterrarle
Porque el corazón suspira.
Ah! pero me anima á hacerlo
El amor que experimento.

Lucinda. —De vuestra alma el sentimiento
Que os anime á bien quererlo,
Mi pecho os niega esperanza,
Pues nunca os puedo querer,
En mí no podeis ver
Nunca el cielo de bonanza.

En vano es que lo alejeis
Pretestando una querrela,
Pues de mi amor la luz bella
Nunca, nunca la obtendréis.

Rey. —Serás feliz á mi lado,
Yo te querré con constancia,
Serás la reina de Francia
Que mandarás mi reinado.

Lucinda. —Jamás, jamás esperéis
Que os pueda querer, señor,
Yo sólo amo al trovador
A quien pido perdonéis.

Si os mueve mi triste ruego,
Si me queréis en verdad,
Dad á Edmundo libertad,
Y á mí volvedme el sosiego.

(El rey se pone triste y pensativo)

Rey. *(aparte)*—¡Todo en vano!

Edmundo. *(aparte)*—Sé impaciente
Mi espíritu.

Carlota. *(á Carlos)*—El rey adora
A Lucinda.

Carlos. —Le devora
La pasión; se desalienta

Edmundo. —Lucinda, voy á partir,
Ven, ven á darme tu adiós;
Ven que me duele por Dios!
Tantas súplicas oír.

Lucinda. Espera, Edmundo, un momento
Que el rey te vá á perdonar.

Edmundo. —El vorto así suplicar
Me llena de sufrimiento.

*(Lucinda toma á Edmundo de la mano y se acercan
ante el rey.)*

Lucinda. —Gran señor, por vez postrera
Para él suplico perdón,
Tened señor compasión
De una alma que desespera.

(El rey mira á los enamorados tristemente)

Rey. —No es posible resistir
Los impulsos del amor,
El corazón con dolor
Sus fibras siente morir.

Yo que te amo con el alma
Que comprendo tu tormento,
Me lleno de sufrimiento
Y pierdo la dulce calma.

Me falta ya la paciencia
Y me duele el corazón,
Y tristísima impresión
Me remuerde la conciencia

Viviré cual triste flor
Marchitado y sin ventura,
Beberé inmensa amargura
En el lago de mi amor.

¡Oh! pero te haré dichosa,
Candorósísima aldeana,
Pues que ostentas tan galana
Tu faz bella y pudorosa!

Yo ambiciono tu ventura
Aunque yo sea desgraciado;
¡Edmundo está perdonado!

Lucinda. —¿No es ilusión, no es locura
Lo que oí de vuestros labios?

Rey. —Nó!

Edmundo. —Mil gracias, real señor.

Lucinda. —Al fin lleno de rubor.
Le perdonais los agravios.

Carlota. —¡Carlos! ¿oíste?

Carlos. —Prenda mía,

Lucinda venció.

Carlota. —Qué gozo!

Al fin ha de ser su esposo.

(Se acercan al grupo)

Rey. —Lucinda ha llegado el día
De tu gran felicidad.

Lucinda. ¡Ojalá!

Rey. —Ya no verás
A tu amante rey jamás;
Bah! ten la seguridad.

Más antes de aquí salir
Te pido por compasión
Que atienda tu corazón
Cuanto tengo que decir.

Lucinda. —Escucho con ansiedad.

Rey. —Te quiero preciosa aldeana,
Porque eres la flor galana
Del jardín de la amistad.

Tu amor no conseguiré,
Puesto que quieres á Edmundo,
Como tu afecto es profundo
Por tu dicha velaré.

Quiero que seas dichosa,
Que disipes tu tormento;
Edmundo es tu pensamiento
Y de él vas á ser esposa.

Yo de los dos protector,
Les daré paz y ventura,
Disiparán la amargura
Con las glorias del amor.

Edmundo, tú has padecido
Por mi causa y por mi amor;
Hoy hastiado de dolor
Que me perdones te pido.

Edmundo. —Señor, estais perdonado,
A más, olvido el pasado
Y lo mucho que he sufrido.

ESCENA VIII

Dichos y Luciano (que llega impaciente)

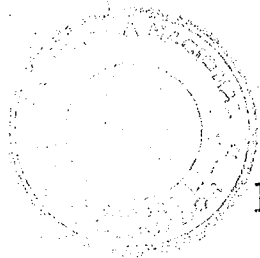
Luciano. —¡Hija de mi corazón!

Lucinda. —¡Oh padre mío, aquí estoy!

Luciano. —¿Qué desventurado soy!

- Rey.* —Desecha esa turbación,
Luciano, amigo querido,
Que ya Lucinda es dichosa
Muy pronto será la esposa
De Edmundo.
- Luciano.* —A tiempo he venido,
Pues á Lucinda buscaba.
Y encontrarla era mi anhelo.
- Lucinda.* —Disipa tu desconsuelo.
- Luciano.* Ay! mi alma desesperaba.
- Rey.* —Edmundo, hoy recibirás
Cien mil duros que daré,
Feliz con ellos te haré,
Pues con ellos gozarás.
- Edmundo.* —¡ Señor !
- Rey.* —Quiero que mañana
Seas esposo de Lucinda ;
Felicidades te brinda
Mi protección soberana.
- Edmundo.* —Lo haré, señor, si quereis
Porque adoro con el alma,
Dios bendecirá la palma
Del Edén que me ofrecéis.
- Luciano.* —¡ Gracias os doy, Señor mío !
- (Al cielo)
- Lucinda.* —¡ Al fin dichosa seré !
- Rey.* —Siempre les protegeré,
- Edmundo.* —En vuestra lealtad confío.
- Carlota.* —¡ Ay, Carlos, también los dos
Nuestras suertes uniremos !
- Carlos.* —Mañana mismo lo haremos
Si nos lo permite Dios.

CAE EL TELON.



Fin del Drama